

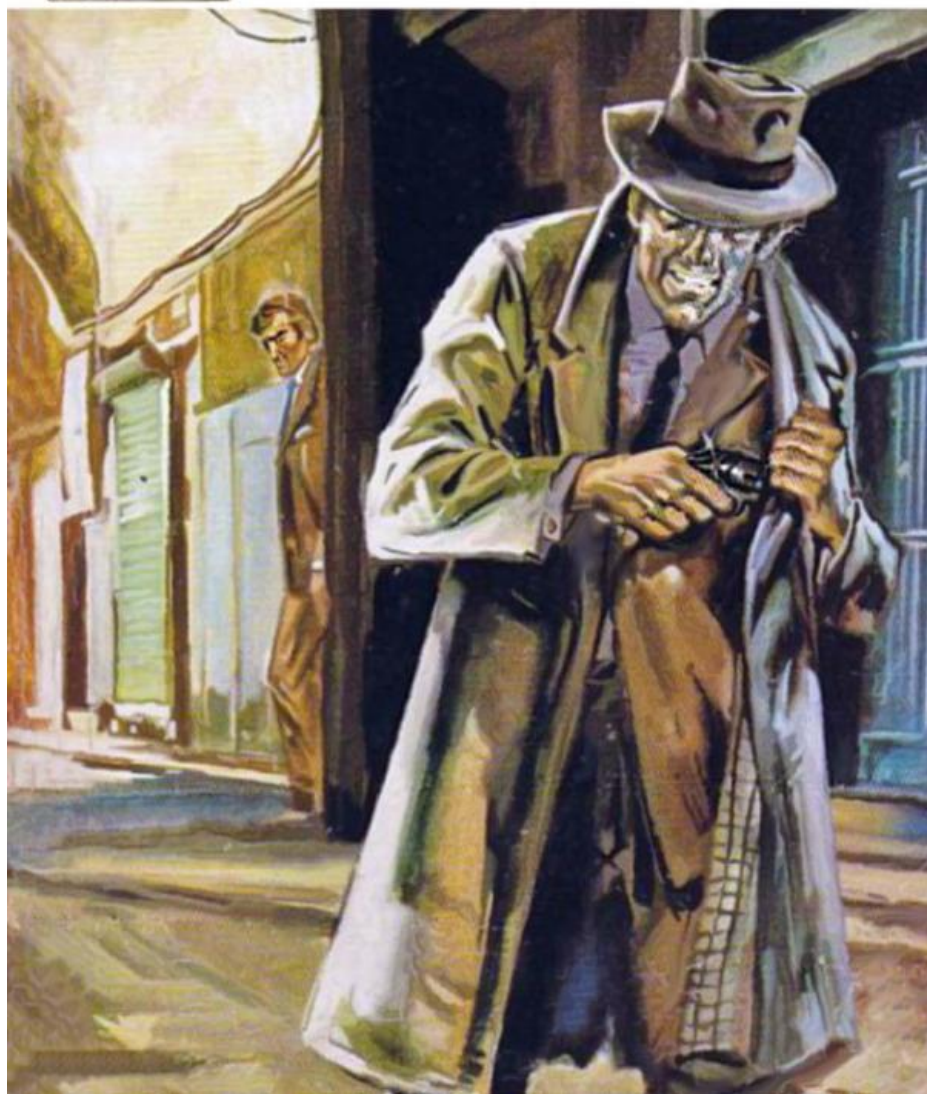
BOLSILLOS BRUJERA

PUNTO

ROJO

el juego del toma y daca

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

EL JUEGO DEL TOMA Y DACA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 547

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 34.097-1972 Impreso en España - Printed in Spain 1° edición: octubre, 1972

© VIC LOGAN -1972 texto

© MIGUEL GARCIA -1972 *cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1972

ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.149 — Descapotable peligroso.

En Colección PUNTO ROJO:

543 — El invidente.

En Colección ASES DEL OESTE:

652 — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

835 — Matanza en Valle Perdido.

En Colección KANSAS:

741 — Cuatro para un rescate.

En Colección BRAVO OESTE:

584 — Pareja de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

798 — En legítima defensa.

En Colección COLORADO:

766 — Los salvajes de Nuevo México.

CAPITULO PRIMERO

El dos caballos, se detuvo frente al rascacielos del boulevard Haussman. La rubia y sonriente conductora acercó los labios a la mejilla del pasajero.

—Buena suerte, Paul.

Paul, un hombre joven, bien parecido, atlético y deportivo, le devolvió el beso.

—Al menos, espero que me den una oportunidad.

—Hasta la tarde. Ya me contarás cómo te ha ido. Anda, sal. Me van a multar. Aquí no puedo detenerme.

—Hasta después, Michele —repuso él, saliendo del utilitario.

Apenas en la acera, vio partir el coche de la muchacha, y él quedó frente a la imponente mole, que desentonaba al lado de las clásicas edificaciones del París tradicional.

Avanzó hasta la entrada.

Tres grandes puertas, en continuo vaivén, propio de los edificios con múltiples oficinas.

Ya en el vestíbulo, se orientó rutinariamente en el cuadro indicativo de los diferentes despachos:

Detective Marcel Lescaut. Octava planta. Doce.

Se dirigió a uno de los ascensores, y se mezcló con la gente que subía a los distintos pisos.

Se apeó en el octavo, y caminó a través del corredor hasta hallarse frente a la puerta número doce.

En la placa leyó el nombre de: Marcel Lescaut. Junto al pomo había un indicador: «Empujad»,

Pasó al interior y habló con la muchacha que atendía la centralita telefónica, cerca de la entrada y tras un mostradorcito.

—Disculpe... —murmuró Paul.

Ella estaba atendiendo una llamada.

—¿El señor Lescaut? No... No ha venido todavía. ¿De parte de quién? ¿Quiere hablar con el señor Laniel? Bueno... Lo siento... Llame más tarde... —Y otra llamada—. Sí, diga, sí, sí... ¿El señor Laniel? Un momento. Le paso en seguida... No, no... El señor Lescaut no ha venido todavía. No. Ya sabe que estos asuntos los atiende el señor Laniel. Sí. De paso.

¡Señor Laniel! El señor Carroutier al aparato.

Hubo un momento de pausa, y la telefonista lanzó un bufido.

—Buena mañana empieza... Usted dirá, señor —habló, dirigiéndose a Paul.

—Tengo una cita con el señor Lescaut. Ya he oído que no estaba.

—¿Una cita? —inquirió la muchacha—. ¿Su nombre?

—Paul Marçeau. Es con relación a la oferta de trabajo...

—¡Oh, sí! Pase usted. Es el primer despacho. El señor Laniel le atenderá —repuso la muchacha, y le indicó con un ademán la primera de las puertas de madera barnizada, para seguidamente atender una nueva llamada telefónica.

Paul se quedó un momento en la puerta, y ella» con un significativo ademán, pareció indicarle:

«Adelante. Adelante.»

Paul empujó la puerta y se encontró en el umbral de un amplio y moderno despacho, con un hombre de aspecto dinámico y sonriente tras una mesa, de espaldas a un gran ventanal.

Al fondo, la Torre Eiffel era como un decorado simbólico y real al mismo tiempo.

El hombre que estaba detrás de la mesa colgó el teléfono, por el que había estado hablando y, a través del interfono, le llegó la voz de la telefonista:

—Es el señor Paul Marçeau. Estaba citado.

—Marçeau, Marçeau —trató de recordar el hombre—. ¡Ah, sí! Tengo aquí la nota. Pase y siéntese, señor Marçeau. No esperaba que viniese tan pronto. Soy Laniel. Charles Laniel. Pero siéntese, siéntese...

—Creí que me recibiría el señor Lescaut —repuso Paul, acomodándose en uno de los confortables sillones frente a la mesa.

—Hágase el efecto de que el señor Lescaut soy yo mismo. Aquí soy yo el que lleva todo el peso. El jefe sólo interviene en casos excepcionales. Bien, vayamos al asunto... Hum... ¿Tiene usted experiencia en esta clase de trabajo?

—Nunca "he hecho de detective privado... Bueno, quiero decir que nunca...

—Le entiendo perfectamente... En realidad, no es un detective con licencia lo que buscamos, sino personal apto para auxiliar... Bien, bien... He leído su carta, y he comprobado el test que tuvo la amabilidad de contestar. En fin... Creo que puede servir, pero naturalmente tendrá que someterse a algunas pruebas.

—Lo comprendo...

—La mejor prueba —atajó rápidamente el dinámico Laniel— es la práctica. Voy a encomendarle un trabajo sencillo, que tendrá que realizar hoy mismo.

—¡Ah! —Paul pareció sorprendido.

—La verdad es que estamos cortos de personal. En otra circunstancia, no le hubiera resultado tan fácil, pero en fin... Vea esto. —Y Laniel había sacado una fotografía tamaño dieciocho por veinticuatro entre otras que

tenía en el cajón.

—Esta es —dijo, mostrándosela—. ¿Será capaz de retener en su memoria la fisonomía de este hombre?

Paul tomó la foto, y examinó al retratado. Representaba a un hombre de unos treinta a treinta y cinco años. Su aspecto era elegante. Su rostro, muy expresivo. Casi hubiese podido pasar por un actor de cine o televisión.

—Creo que es una fisonomía difícil de olvidar —sonrió Paul, devolviéndole la foto.

—No se fíe de las apariencias. En esta profesión, la retentiva es la principal cualidad. Procure no olvidar ese rostro. Conózcalo tanto como al de su mejor amigo. Le voy a dar un perfil... —Y le entregó otra foto.

En ella, el individuo estaba de lado, con traje diferente, pero con la misma sonrisa espontánea, casi contagiosa.

Paul permaneció un buen rato examinando las dos fotos. Laniel le interrumpió:

—¿Cree que no se le olvidará? —preguntó.

—Espero que no —sonrió Paul.

—Bien... Pues éste será su primer trabajo. Para hoy bastará con que siga sus pasos, a partir de... más o menos las cuatro de la tarde. ¿Se atreve?

—Pues sí, desde luego.

—Bien... Antes de las cuatro, debe ir usted a esas señas. —Anotó algo en un papel, y se lo entregó a Paul para explicar—: Es un Banco. Aguarde con disimulo a que nuestro hombre salga. A partir de ese momento, será suyo, pero..., insisto..., tiene que hacerlo con el mayor disimulo. A las cuatro... Deme ese papel. —Y Laniel alargó la mano para arrebatar la nota que le había facilitado.

—Espere un momento... —murmuró, sacando a su vez una agenda.

—¡Oh, no! Lección segunda. Debe grabar las señas de los «seguidos» en su mente.

Nada de notas. ¿Ya no se acuerda de la dirección?

—Sí, por supuesto... Rué de la Ro...

—Basta, basta... Es usted quien debe recordarlo. —Y Laniel rompió en pequeños trozos el papel y lo arrojó a la papelera—. Ahora bien, todo lo que haga ese individuo, sí que debe anotarlo, con la precisión del minuto... incluso del segundo. Esto es importante. Mañana, a primera hora, me traerá usted el informe. Esto es todo.

—No pensé que fuera tan rápido, y me alegro de ello —sonrió Paul, poniéndose en pie, al mismo tiempo que Laniel le tendía ya la mano.

—Ya le he dicho que vamos escasos de personal. Espero que no nos falle. En este oficio puede tener un gran porvenir... Mañana, si todo va bien como espero, hablaremos de condiciones... ¡Ah! ¿Tiene usted novia?

—Bueno..., salgo con una chica...

—Muy bien. Sólo quiero recomendarle que todo lo que aquí vea, oiga o se le encargue, debe considerarlo como del más alto secreto...

—Perdone, señor Laniel... Ese hombre... al que tengo que seguir, ¿quién..., quién es?

—Señor Duval. Nada más —sonrió Laniel.

—Bien. ¿Eso es todo?

—Por el momento, sí... ¡Ah! Me olvidaba algo. Tenga cuidado... El señor Duval es muy astuto... y peligroso. Ande con cuidado.

—Gracias por la advertencia.

—Suerte, Marçeau —deseó Laniel, viéndole partir.

Laniel, alto, de aspecto fuerte, quedó un momento en pie hasta que Paul cerró la puerta tras sí. A continuación tomó el teléfono y pidió a la encargada de la centralita:

—Con el jefe.

La muchacha marcó el número que sabía ya de memoria, y colocó la clavija en el lugar correspondiente.

Luego, viendo a Paul, sonrió, preguntando al mismo tiempo:

—¿Qué? ¿Ha habido suerte?

—Parece que sí. Me han encargado un trabajo.

—Bueno... No quiero desengañarle, pero ésta es la norma de la casa. Lo llaman la prueba de fuego. Ojalá la supere.

—Gracias por sus buenos deseos —sonrió él. Ella movió los dedos en señal de adiós.

—Hasta mañana... A propósito... ¿Cómo se llama?

—Simmone.

—Adiós, Simmone.

Y mientras descendía por el ascensor, Paul Marçeau procuraba retener en su memoria la faz del hombre que constituía su primer trabajo y... la prueba de fuego... según había dicho la simpática Simmone.

Mentalmente, repitió el nombre de Duval.

«Señor Duval... Saldrá de un Banco a las cuatro de la tarde, aproximadamente... Suerte, Paul.»

CAPITULO II

El quiosco de periódicos y revistas estaba situado oblicuamente a la puerta del Banco.

Paul consultaba disimuladamente el reloj, mientras fingía hojear un periódico. Eran cerca de las cuatro.

Entraban y salían algunos clientes, no demasiados.

Por encima de las páginas del periódico, Paul no perdía de vista las puertas. De pronto...

«Es él», se dijo.

Elegante. Con un traje azul marino y corbata oscura, alto —más alto de lo que imaginaba— apareció su hombre: el señor Duval.

Duval se quedó un momento en la acera, como si mentalmente decidiese algo. Luego, optó por echar a andar hacia su izquierda, en dirección a la esquina inmediata, donde existía una parada de taxis.

Paul aguardó unos segundos para comenzar a seguir sus pasos.

En llegando a la parada, donde aguardaban tres vehículos de servicio público, Duval consultó el reloj, y decidió tomar el primero de los coches.

Apenas Paul le vio arrancar, tomó el segundo.

—Oiga... No pierda de vista ese taxi de ahí delante... Pero no se aproxime demasiado,

¿eh?

—Hum... Depende por donde vaya. Yo haré lo que pueda —repuso el conductor—.

Pero ya sabe cómo está el tránsito.

—Sí, sí... Pero es muy importante para mí. Le daré una buena propina. El conductor asintió, y procuró atender los deseos de su cliente.

El taxi en que iba el señor Duval continuó por la misma calle hasta torcer por la segunda esquina a la derecha. Bajó en dirección al Sena, siempre seguido a distancia por el vehículo en que viajaba Paul, luego dobló a la derecha otra vez en dirección a la Madeleine. Cruzó la rué Caumartin y continuó. Por fin se detuvo en el lado izquierdo.

Desde el otro taxi, Paul pudo ver cómo entraba en el vestíbulo de uno de los varios cinematógrafos que se hallaban tocándose unos a otros.

—Gracias, amigo —dijo Paul. Entregó dos billetes de diez francos al conductor, y dijo—: Todo para usted.

Entró en el vestíbulo del cine a tiempo de ver a su perseguido cruzar la puerta de la sala.

Compró una entrada, y se metió en el local.

Llegó a tiempo de descubrir a la acomodadora dejando a Duval en una

fila intermedia. Paul se sentó en el último renglón, desde donde podía verle, si se levantaba.

Prácticamente, no reparó en la película que estaban proyectando. Oía frases sueltas, e incluso vio algunas escenas, pero toda su atención se hallaba concentrada en la fila donde estaba sentado Duval.

Hasta entonces, todo había ido bien...

* * *

La película había concluido. Duval, en el vestíbulo interior, se dirigió hacia una de las cabinas.

Paul quedó en pie, leyendo el periódico y fumando como hacían otros, durante el descanso.

Duval, tras marcar el número, habló a través del auricular:

—¿Es usted, Durand? Soy yo... ¿Me reconoce, eh? No le he llamado antes porque supuse que no estaba.

Un hombre entrado en años contestaba desde un austero despacho, al otro lado del hilo telefónico.

—Ha hecho usted bien. Acabo de llegar. ¿Tiene lo que necesito?

—Casi todo. Un informe completo. Si está usted dispuesto a pagar lo que vale...

—Ya le dije que no discutiríamos por el precio... ¿Cuándo podré verle? —repuso su interlocutor.

—Pongamos... Dentro de dos días. ¿Qué le parece?

—¿No puede ser antes?

—No, señor Durand. Lo siento. Confío en que pueda usted esperar.

—Estoy en sus manos, usted lo sabe.

—Confíe en mí, Durand. Si usted mantiene su palabra, yo mantendré la mía... Hasta pasado mañana... ¿A las siete, le va bien?

—No vaya a mi casa. Vaya al Damasco. Sabe dónde está, ¿verdad?

—Por supuesto. Adiós, Durand. —Duval colgó, saliendo de la cabina. Consultó su reloj, y pareció calcular su tiempo.

Para un buen observador, aquel hombre alto y elegante era, además, un tipo de mirada aguda, que rezumaba vitalidad por todos sus poros. Se le veía activo, inquieto.

Tomó la resolución de salir del cine. No había visto la película completa, pero parecía tener cosas más importantes que hacer.

La sesión había vuelto a empezar, y sólo quedaba en la sala de descanso una pareja, sentada en uno de los bancos acolchados adheridos a la pared, y Paul, que seguía fingiendo leer el periódico.

Duval miró distraídamente a la pareja, y luego a Paul, para seguir su camino hacia la calle.

Eran las cinco y media de la tarde, y el tráfico había aumentado

ostensiblemente.

No había ningún taxi cerca, ni pasaba uno solo con el «libre», por lo que continuó a pie, confundiéndose con la gente.

Tras él seguía Paul, incansable.

Duval cruzó la calle cuando la luz verde se lo autorizó, y se metió por una de las callejuelas estrechas, donde el tránsito parecía haber desaparecido.

Paul le seguía, a unos veinte metros aproximadamente.

Duval se detuvo para encender un cigarrillo y se volvió ligeramente. Parecía haberse dado cuenta de que alguien seguía sus pasos, pero no terminó de volverse. Continuó andando hasta unos metros antes de llegar a la esquina inmediata. Entonces, aceleró el paso.

Apenas se había metido en la otra calle, igualmente desierta y escasamente iluminada, entró en un portalón oscuro, y aguardó.

Paul había acelerado su paso en los últimos metros y, al llegar a la esquina, trató de orientarse.

Naturalmente, no vio a Duval, y avanzó unos metros, intentando intuir dónde se había metido.

Casi sin darse cuenta llegó frente al portalón.

Duval, en la oscuridad, se movió con rapidez. Cuando Paul quiso volverse, como si intuyese el peligro, se encontró con que el otro le atenazaba el brazo, haciéndole girar bruscamente.

Paul intentó ponerse en guardia, pero Duval, mostrándose como un gran experto, utilizó una llave y le volteó con violencia.

El aprendiz de detective dio con la espalda en el suelo. No pudo levantarse porque el dorso de la mano de Duval le golpeó un nervio de la nuca, y le dejó atontado.

Rápidamente, Duval le cacheó y extrajo su cartera. Sin mirar su contenido, se alejó rápidamente.

Momentos más tarde, cuando Paul reaccionaba, Duval ya estaba mezclado con el tránsito ciudadano del boulevard de Lafayette.

Inútil fue que Paul corriera por el callejón. Ya no había modo de encontrar a Duval.

* * *

A Paul Marçeau, más que sorprenderle, le hubiese indignado presenciar la escena que se desarrolló, apenas veinte minutos más tarde, en la oficina de Marcel Lescaut.

Allí estaba Duval, arrellanado en el sillón de un moderno y funcional despacho; ante él se encontraba Laniel, en pie.

Duval estaba jugueteando con la cartera que había tomado del bolsillo de Paul, y que acabó por arrojar sobre la mesa.

—Toma. Devuélvesela mañana y dile que no sirve. No tiene madera. Hasta un ciego se hubiese dado cuenta de que le estaba siguiendo.

Laniel sonrió, y tomó la cartera.

—Parecía un buen muchacho —dijo.

—Yo no quiero un buen muchacho. Quiero un hombre eficiente. Listo, cauto y que sepa defenderse. Paul no pasará nunca de aficionado... Para mañana, cítame al siguiente... ¿Quién es?

Laniel abrió una carpeta que llevaba con él, y extrajo una hoja.

—Se llama Georges Tudor.

—Bien. Nada más... ¡Ah, sí! Dile a ese Tudor que mañana por la noche, a eso de las diez, estaré en... —pensó un momento, y concluyó—: En el Damasco.

—De acuerdo, Marcel. Mañana a las diez de la noche en el Damasco. Tomo nota.

Y Marcel Lescaut, el hombre que Paul conocía como Duval, salió del despacho, con la seguridad propia de quien sabe que está en su casa.

CAPITULO III

Paul tenía todavía en la mano la cartera que acababa de entregarle Laniel.

—Esto no es jugar limpio... Creo yo —dijo.

—Lo siento, amigo. Era su primer trabajo. Debió tener más cuidado.

—Era Lescaut. ¡Y sabía que yo le estaba siguiendo! Apuesto que otro no se hubiera dado cuenta.

—Entre usted y yo, Marçeau... Creo que tiene razón... Pero, ¿qué quiere? Yo cumplo órdenes... Y si me lo permite, creo que el truco no está mal... Se presentan muchos aprendices, y esta profesión, aunque no tiene grandes dificultades, tampoco es tan sencilla. Repito que lo siento... Hay que saber perder...

Paul se levantó. Miró largamente a Laniel. Guardó su cartera en el bolsillo interior de la chaqueta, y murmuró:

—Sí. Usted lo ha dicho. Hay que saber perder.

No esperó respuesta, y salió rápidamente del despacho como si una furia desencadenada le empujara.

Al pasar por delante de Simone, la telefonista, fue ella la que le saludó:

—Adiós, señor Marçeau. Lo siento. Entonces él se volvió, con una sonrisa.

—Usted también lo sabía, ¿eh?

—Yo..., yo no podía decirle nada. A mí me sabe mal que hagan esas cosas, pero, ¿qué quiere? Si dijera algo, me echarían a la calle, y éste es un buen empleo. No se meten conmigo, y pagan un buen sueldo.

—Sí, claro. Lo comprendo... Se debe divertir mucho viendo cómo pican todos los idiotas.

—Señor Marçeau —le retuvo ella.

El la observó, esperando a que la joven continuara.

—De veras que lo siento. Aquí entran muchos... unos son viejos y otros, demasiado engreídos... Usted me pareció completamente normal. Por eso... siento que no haya tenido suerte.

Paul dio por finalizada la conversación con un seco:

—Gracias. —Y salió de la oficina.

* * *

—¡Tengo que darle una lección! —repitió, por enésima vez, frente a la mesa del bar, en cuyo otro lado se encontraba Michele.

—Desde luego, ha sido una mala jugada. Estoy segura que, de no ser por ello, te habrían aceptado —dijo ella, dándole la razón.

Paul concluyó su «Pernod».

—Hay que saber perder... Bien... Veremos si el gran Marcel Lescaut sabe ser buen perdedor...

—Pero..., ¿qué pretendes ahora?

—Demostrarle que, si no soy un profesional, tampoco soy un idiota...

Cuando

trabajaba en esa firma americana, tuve que hacer algunos encargos similares. Me pidieron que siguiera a unas personas, y lo llevé a cabo con éxito... Ninguna de ellas se dio cuenta, y pude informar... Y ahora lo hubiera hecho... ¡Maldita sea!

—Bueno, no grites. Estamos llamando la atención —adujo ella.

—Vámonos.

—¿Dónde?

—A mi casa. —El se había puesto en pie y, mirando el importe de las consumiciones, dejó unos francos sobre la mesa y salió, seguido de la muchacha.

Ella tenía aparcado el dos caballos cerca de la entrada del bar.

—Pero..., ¿qué es lo que te propones? —preguntó, mientras conducía.

—Ya lo verás. Tengo una sorpresa para Marcel Lescaut... Una buena sorpresa...

Y ya no volvió a despegar los labios hasta que hubo llegado al pequeño apartamento que habitaba en Montmartre.

Se trataba de una sola habitación, bastante revuelta por lo mucho que Paul guardaba, libros, una máquina de escribir portátil, una cámara tomavistas y otros objetos personales.

Un armario, una mesa y la mesita de noche, junto con un par de viejos sillones y una silla, aparte de la cama, era el único mobiliario.

En un pequeño cuartito guardaba su maleta y la ropa, con estantes para la muda y las camisas. Al lado, tras una cortina, estaba el servicio: ducha, retrete y lavabo.

Paul buscó en el cuarto armario y trastero, y salió con un revólver.

—¡Paul! —exclamó Michele.

Paul apuntó a un blanco imaginario, y apretó el gatillo. Ella miraba, con ojos casi desorbitados.

No surgió ni una sola detonación.

—¡Me habías asustado! —exclamó Michele—. ¿No es un revólver de verdad?

—Dispara unas balas muy especiales. Me lo regaló el americano con quien trabajé, antes de que la empresa decidiera echar el cierre...

Ella escuchaba, interesada.

—Tengo una caja de balas...

—¿Balas... de verdad?

—No. Son balas que... bueno, contienen una sustancia que adormece. Cloroformo o algo por el estilo. Hace tiempo se hizo una campaña, pidiendo a la policía que las utilizara, en vez de usar las que funcionan con plomo de verdad, pero no prosperó. Esto tiene la utilidad de dejar inconsciente a la persona a quien se dispara. El efecto se prolonga durante algún tiempo, pero sin efectos posteriores. ¿Comprendes?

—¿Piensas utilizarlas contra Marcel Lescaut?

—Sólo para devolverle la jugarreta. Me limitaré a quitarle la cartera, como él hizo conmigo... Veamos si esta vez es tan listo para descubrirme. Espero que esto le convenza de que, en igualdad de condiciones, no me gana...

—No te metas en ningún lío —aconsejó Michele.

—¿Lío? Nadie, ni siquiera él, podrá verme. Cuando yo me propongo una cosa...

—Sí, Paul. Sé que eres tenaz, pero sentiría tener que arrepentirme...

—¿Arrepentirte de qué? —preguntó él, buscando la caja de municiones.

—De haber pedido al señor Ferrand que te recomendara.

—Bueno... No le digas nada a tu jefe, de momento. ¿Eh, Michele? Espera los resultados de... esto. —Y agitó el revólver.

—No puedo decirte que Lescaut no lo tenga bien merecido, pero... pienso que...

—No pienses nada. Este es un asunto mío, Michele. No me importa no conseguir el empleo. La lección se la llevará igualmente.

Comenzó a cargar el arma.

—¿Cuándo..., cuándo piensas hacerlo? —preguntó Michele, tras un silencio.

—Lo intentaré mañana. Ahora, su rostro ya no se me borra. Le esperaré en el boulevard Haussmann, frente al edificio. Cuando salga, le seguiré.

—Pero si te ven... —adujo ella.

—Esperaré que se encuentre en algún sitio solitario. —Y empuñó significativamente el revólver.

CAPÍTULO IV

Georges Tudor era otro de los candidatos al puesto de detective.

Su aspecto resultaba más adocenado. Maduro ya, un tanto desaliñado, el aspirante escuchó de labios de Laniel las recomendaciones que Paul hubiese podido repetir, de memoria.

También a George Tudor le fueron mostradas las fotos del «jefe», que Laniel bautizó, en esta ocasión, con el nombre de señor Marigny.

—Recuerde —concluyó—. Sabemos que, alrededor de las diez, irá al Damasco. A partir de este momento, procure usted no perderle de vista.

Poco después, Tudor pasaba por delante de la centralita atendida por Simone, que le miró con aire resignado. Cuando hubo pasado, la muchacha sacudió la cabeza de un lado a otro, como queriendo decir: «Ahí va un nuevo incauto».

En un bar de la acera de enfrente, en el mismo boulevard, Paul Marceau podía contemplar perfectamente la puerta del edificio. Consultó el reloj. Faltaba poco para las seis de la tarde.

Miró hacia la calle. En la esquina tenía aparcado el dos caballos de Michele, que, gustosa, se lo prestó para facilitarle la tarea.

La espera todavía se prolongó otros diez minutos. Por fin, Marcel Lescaut apareció en la calle.

«¡Esta vez no te será tan fácil burlarme, amigo!», espetó Paul, mentalmente.

Lescaut avanzó hasta el aparcamiento privado, situado en el edificio contiguo, y Paul corrió hacia su dos caballos. Allí aguardó a que saliera.

El auto de Lescaut pasó por delante suyo. Paul dio gas al dos caballos y comenzó la persecución a distancia.

El tráfico, bastante nutrido del centro de París, precisaba de toda la pericia de Paul para no perder contacto, y a la vez marchar lo suficientemente distanciado para no despertar sospechas.

Pero también Lescaut debía poner los sentidos en tensión como todo chófer que circule por París, en las horas punta.

Una verdadera riada invasora de vehículos atiborraba las calles.

Las aceras, igualmente llenas de gentes, que iban a pie, podían dar al turista la sensación de que se celebraba algún acontecimiento importante, pero la realidad era que la invasión de coches y peatones se sucedía diariamente.

El auto de Lescaut frenó bruscamente ante un semáforo. Paul parecía haber previsto aquella parada, y tuvo cuidado de quedar algo rezagado, dejando que otro coche se interpusiera entre el dos caballos y el vehículo

del detective.

Luego, arrancó de nuevo, y dobló a la izquierda, siguiendo siempre a distancia parecida a Lescaut.

El detective enfiló hacia la Concorde, por el Quay des Tuilleries. Luego, los Champs Elysées, para virar a la izquierda por la avenida de George V. Giró después en una bocacalle.

Paul vio el indicador fugazmente: rue de Selons. Algo más allá detuvo el auto el detective.

Paul pasó de largo y dobló la siguiente esquina. Ya había advertido, a través del retrovisor, cómo Lescaut se metía por un amplio portalón.

Era una de las casas típicas, rodeadas de jardín y cerradas por un barrio.

¡Allí vivía Lescaut!

Sabía que era cuestión de esperar, y ya se había prevenido para ello. De una cartera de mano sacó unos bocadillos y una botella de cerveza. Los dejó sobre el asiento. Dio marcha atrás al coche, y lo dispuso para salir en ambas direcciones.

La noche había caído ya sobre París, pero Paul, a través del retrovisor, podía observar perfectamente la casa.

Bajó del coche y se aproximó, a pie.

Desde la entrada, observó el jardín y la edificación. Calculó que correspondía a dos viviendas.

Entró, cruzó el patio y se aproximó a la escalera que daba acceso a la puerta común de las dos viviendas.

Leyó el nombre de los vecinos. Lescaut ocupaba la planta alta. Sonrió.

—Bueno. Ahora ya sé dónde tienes tu guarida —dijo para sí—. Si hoy se me escapa, ya vendré otro día...

Pero Lescaut no se le escapó. Tuvo que aguardar hasta las diez menos veinte. Intuía que tenía que salir, ya que, de lo contrario, hubiese encerrado el coche, pues se dio cuenta de que, además de poderlo dejar dentro del recinto, había garaje también.

A las nueve cuarenta estaba Georges Tudor frente a la puerta del Damasco, en la acera de enfrente.

Georges Tudor tenía la ventaja de saber, de antemano, dónde se dirigía el hombre al que no debía perder de vista.

Paul tuvo que seguirlo con más habilidad que cuando le vio salir de la oficina porque a aquella hora el tránsito era menor, y resultaba más difícil seguir al detective, sin llamar la atención.

Esta vez, sin embargo, Paul tuvo suerte. Llegó hasta el Damasco, y detuvo el auto en una zona oscura.

Vio perfectamente cómo Marcel Lescaut bajaba del vehículo y entraba en el local.

Paul se dispuso a hacer lo mismo cuando vio a Tudor salir del vehículo

y meterse también dentro.

En aquellos momentos, no podía sospechar que se trataba de otro aspirante. Paul entró en último lugar, y pasó directamente a la sala.

Había que bajar unos escalones, tres concretamente, por lo que, desde donde se encontraba, cerca del bar, podía dominar la sala iluminada indirectamente, con escasa luz.

—¿Tiene mesa reservada, señor? —preguntó un maître, interrumpiendo la inspección ocular de Paul.

—No, no... Me quedaré en el bar, de momento. Espero... Espero a alguien —repuso Paul.

—Bien, señor —repuso el maître para ir a atender a otros recién llegados. Y Paul alcanzó a ver Lescaut en pie hacia el extremo de la amplia sala.

Una orquesta ambientaba el local, que estaba prácticamente lleno. Se sentó en uno de los taburetes de la barra, y pidió:

—Whisky.

Le sirvieron un escocés, que Paul tomó, mirando hacia la sala. Ahora ya no podía ver al detective, pero sabía, más o menos, el lugar donde se encontraba.

La espera duró una media hora aproximadamente. Paul había consumido otros whiskys.

Fue entonces cuando vio a Lescaut avanzar en dirección al bar.

Dejó el vaso, y se apartó, a fin de que el detective no pudiese descubrirle.

Este, sin embargo, pasó por el otro lado, y desapareció tras unos cortinajes de terciopelo rojo.

Paul comprobó, segundos después, que era la entrada a los servicios. Pensó que aquella podía ser una magnífica ocasión, y le siguió.

Al otro lado de los cortinajes vio un ancho corredor. Al final había una puerta. Otra estaba situada a la izquierda, con la indicación de: «Toilette pour Dames».

La correspondiente a los caballeros estaba a la izquierda.

Paul se encontraba completamente solo. Empujó la puerta de los servicios de caballeros, y observó un momento.

Se componía de una amplia estancia, con varios lavabos y un gran espejo común. La pared era de azulejos modernos, y el suelo, de pulido terrazo.

A la izquierda estaban las puertas de las cabinas de los servicios. Al fondo, el salón formaba un recodo hacia la izquierda.

Lescaut salió de una de las cabinas individuales, y se miró un momento en el espejo. Paul había sacado ya el revólver cargado con las balas adormecedoras.

Lescaut parecía distraído, contemplando su rostro desde distintos

ángulos. Paul apuntó un momento, y apretó el gatillo.

El revólver no produjo el menor ruido. Un dispositivo silenciador había amortiguado la explosión de la pólvora que impulsaba la bala adormecedora.

El resultado, sin embargo, fue instantáneo. El detective se enderezó unos instantes para caer fulminado..., como si realmente la bala le hubiese matado.

Paul entró rápidamente. Le cacheó y tomó la cartera. La guardó en el bolsillo, y sonrió, al tiempo que murmuraba:

—Estamos en paz...

Unas voces al otro lado de la puerta le indicaron que alguien se aproximaba.

No quería que le encontrasen allí. Tendría que dar demasiadas explicaciones, por lo que rápidamente tomó la decisión de arrastrar el cuerpo de Lescaut hacia una de las cabinas.

Cerró con el tiempo justo, pues los dos individuos que oyó acababan de entrar.

Aguardó, con el cuerpo inmóvil del detective sentado en el suelo. Le hizo apoyar la espalda contra la pared, y le sujetó para que no resbalara.

Esperó a que los dos hombres salieran de los lavabos. Luego, asomó para comprobar que no había nadie más.

Dejó al detective dentro de la cabina. Salió y cerró la puerta de modo que en una ranura podía leerse la palabra: «Ocupado».

Satisfecho de lo bien que había salido todo, volvió a la sala. Se dirigió al mostrador,

pagó las consumiciones que había realizado, y salió a la calle.

Ante una mesa, cercana a los tres escalones, se hallaba Tudor, con la mirada atenta al departamento de servicios.

Paul siguió sin reparar en él, salió a la calle, fue hacia el dos caballos, que puso en marcha rápidamente, y se alejó.

Unos diez minutos más tarde, detenía el utilitario frente al edificio del boulevard Haussmann. Había introducido la cartera dentro de un sobre, que cerró cuidadosamente, tras haber redactado unas escuetas líneas.

Depositó el sobre en el buzón correspondiente a la firma Lescaut, y volvió al coche. Sus propósitos habían sido perfectamente cumplidos.

Después, se detuvo ante una cabina telefónica, y marcó un número de teléfono.

Tuvo que aguardar a que el timbre repiqueteara varias veces al otro lado del hilo, por fin contestaron. Era la voz de Michele.

—¿Te he despertado?

—Pues sí —repuso ella—. Me había dormido. ¿Dónde estás?

—He terminado antes de lo que esperaba... Voy hacia tu casa... Dejaré tu coche en la puerta, y subiré, si no te importa...

—¿Dónde estás ahora? —preguntó ella.

—En la plaza de la République. Tardaré unos diez minutos. ¿Te importa?

—No, Paul, no. Quiero que me cuentes cómo te ha ido...

* * *

—Si supieras lo intranquila que he estado... La verdad es que ni sé cómo he llegado a dormirme.

—Pero si no podía ocurrir nada...

—Oh, Paul, a veces, esos juegos terminan mal.

—Pues éste ha terminado a pedir de boca—. Se aproximó a la muchacha y la rodeó por los hombros—. Bueno... ¿No hay un premio para el vencedor?

Sin esperar respuesta, buscó los labios de la muchacha. Ella se los ofreció, gustosa.

—¿Seguro que nadie te ha visto? —preguntó la joven, doce minutos más tarde. Parecía más inquieta que el propio Paul.

—En absoluto. Todo salió, incluso, mejor de lo que pensaba. Espero que Lescaut se aprenda la lección.

CAPITULO V

Tudor estaba en el despacho de Laniel, informando. —Le perdí de la forma más estúpida... —decía.

—Bueno, explíquese —pidió Lionel.

—Entró en los lavabos. Le vi perfectamente porque elegí una mesa situada en un lugar estratégico... Cuando vi que tardaba más de lo corriente, decidí entrar. ¡Y no estaba!

—¿No estaba?

—No, señor. No estaba. Había desaparecido...

—¿Cómo?

—En el departamento de servicios hay una puerta al fondo. Comunica con un patio. Tuvo que salir por allí. Luego, comprobé que había otra puerta. Comunica con la cocina y las dependencias particulares del local... Pero tuvo que escapar por allí.

—Se daría cuenta de que le seguía usted.

—Imposible. Estoy seguro... No pudo darse cuenta. No comprendo nada. Si hubiese sabido que existía esa otra salida...

La secretaria-telefonista interrumpió para entrar con la correspondencia.

—Déjela sobre la mesa, Simmone. Gracias. Puede retirarse.

Cuando ella hubo obedecido, a Laniel pareció llamarle la atención el abultado sobre, que destacaba de los demás.

Leyó los caracteres escritos en mayúscula: Marcel Lescaut. Y no había sello alguno. El sobre no estaba enteramente pegado, y lo volvió boca abajo. Advirtió en seguida la cartera, y lo abrió.

Al instante, pudo comprobar que se trataba de la cartera de Lescaut. Vio también la nota, y leyó el breve escrito:

«Hay que saber perder.»

—¡Cielos! —exclamó Laniel, comprendiendo el significado de la nota. Tomó el teléfono, y dijo a Tudor:

—Disculpe. ¡Señorita Simmone, póngame con el jefe! ¡En seguida!

—Sí, señor Laniel —repuso la telefonista.

Mientras esperaba la comunicación, Laniel preguntó a Tudor:

—¿Está seguro de que el hombre al que seguía salió por la puerta trasera?

—Ya le he dicho que por delante no volvió a aparecer. Como no tenga el don de hacerse invisible, no pudo salir por ningún otro lado —recalcó Tudor.

—Bien, bien...

La voz de la telefonista, desde la centralita, informó lo que ya Laniel estaba advirtiéndolo.

—En casa del jefe no contestan, señor Laniel.

—Bien, insista.

—Sí, señor...

—Bien, señor Tudor. De momento, nada más. En caso de interesar, ya le avisaríamos — dijo Laniel al aspirante a detective.

Tudor se incorporó, un tanto contrariado.

—Lo siento. Puse mi máximo esmero. Yo...

—De acuerdo, de acuerdo. Tengo sus señas y su número de teléfono. No se preocupe... Tengo que hablar primero con el señor Lescaut. Ahora tengo trabajo, si tiene la bondad de disculparme.

—Ya, ya —refunfuñó el aspirante, con visibles muestras de desaliento. Poco después, al pasar ante el mostrador de la telefonista, Simmone le observó un momento, y sacudió la cabeza de un lado a otro, comprendiendo lo sucedido.

Apenas Tudor había desaparecido tras la puerta, entraron dos hombres. Uno era de edad más bien madura, el otro, bastante joven.

El de más edad se dirigió a Simmone y, antes de que ella pudiera hablar, soltó:

—¿Esta es la oficina del señor Marcel Lescaut, verdad?

—Sí, señor. ¿A quién desea ver?

—Al encargado... Porque habrá alguien más, aparte de usted y el señor Lescaut.

—En efecto. Está el señor Laniel. ¿A quién debo anunciar?

—Inspector Barnes, de la policía judicial—. Y mostró su credencial, que guardó rápidamente en el bolsillo.

«¡Algún lío! —pensó Simmone, casi en voz alta. Pasó seguidamente el aviso a través del interfono.

La voz de Laniel anunció:

—¡Que pase, que pase!

Momentos después, el inspector y su ayudante estaban frente a Laniel, que parecía ignorar por completo el motivo de aquella visita.

Laniel se mostró conciso y poco dado a perder el tiempo con rodeos.

—¿Cuándo vio por última vez al señor Lescaut? —lanzó.

—¿Eh? Pues ayer, desde luego... Salió de aquí, más o menos sobre las seis de la tarde.

—¿Y desde entonces no ha vuelto a verle?

—No. No, señor, pero, ¿qué pasa?

—Dígame... ¿Sabía lo que tenía que hacer el señor Lescaut ayer por la tarde?

—Pues no sé...

—¿No sabe nada?

—En realidad... Es que no comprendo nada, inspector. ¿A qué viene...?

—¿A qué hora suele venir por las mañanas? —siguió, impertérrito, el de la policía judicial.

—No tiene hora fija. En realidad, yo llevo casi todos los asuntos de trámite. El se ocupa de contratar a la gente... y... Bueno. El es el jefe. Está al corriente de

todo, pero quiero decir que, en realidad, soy el que...

—Ya lo ha dicho antes —cortó el policía—. Así que... ¿No tiene hora de venir?

—No, señor.

—Hemos estado en su casa, y nadie contesta. El portero dijo que no le había visto entrar, pero el hombre se excusó, diciendo que a menudo el señor Lescaut suele llegar tarde.

—Bueno, sí... Trasnocha.

—¿Le ha llamado usted esta mañana, señor Laniel? Laniel asintió como un autómatas.

—No hace ni cinco minutos. Tampoco estaba. Pensé que estaría durmiendo...

—¿Por qué lo pensó?

—Por favor, inspector. Me está usted interrogando, y tengo derecho a saber el motivo de todo esto.

—Muy sencillo, señor Laniel, hemos recibido una llamada telefónica, relativa al señor Lescaut.

—¿Una llamada? ¿Qué clase de llamada? —inquirió, perplejo, Laniel.

—Nos han comunicado que su jefe, el señor Lescaut, había sido asesinado. Laniel pegó un brinco.

—¡No es posible!

—Necesitamos saber lo que hizo ayer el señor Lescaut, desde que salió del despacho, y con qué personas se entrevistó... Si se trata de algún asunto profesional, no debe preocuparse, sabremos guardar el secreto hasta donde sea posible.

—¿Asesinado? ¿Han encontrado...? —tartamudeó Laniel.

—El anónimo comunicante no ha sido muy explícito. No hemos encontrado nada... Y puede que incluso todo se trate de una broma, pero nuestra obligación es hacer las comprobaciones pertinentes...

Laniel había enmudecido.

—Bueno. Trate de recordar.

—La verdad es que... —Y Laniel observó la cartera que había recibido dentro del sobre.

Estaba sobre la mesa, junto con la nota.

Recordó las palabras de Tudor:

«Entró en los “servicios”, pero ya no volvió a salir.»

—Bueno. Estoy esperando...

—Anoche... Anoche tenía que ir al Damasco. Es todo lo que sé.

—¿Se refiere a la sala de fiestas?

—Sí, inspector.

—Bien. Ya es algo. —Y dirigiéndose a su ayudante, ordenó—: Cloud. Entérate si se ha recibido alguna llamada en la comisaría del distrito a que pertenece el Damasco. ¿Puedo utilizar su teléfono, señor Laniel?

—Sí, sí, por supuesto —repuso el aludido, que seguía anonadado por la noticia. Luego, añadió—: Debe tratarse de una broma. ¿Dice que ha sido una llamada anónima?

Tenía la mirada fija en la cartera y en la nota, y un nombre en la mente: Paul Marceau. No le cabía la menor duda de que Paul había sido el autor de la sustracción de la cartera de Lescaut y de aquella nota, pero dudaba de que hubiese llegado más lejos en el desquite. Sin embargo...

Las palabras del policía interrumpieron sus cavilaciones:

—La llamada ha sido anónima, desde luego. Únicamente nos dieron las señas particulares del señor Lescaut, y éstas.

El ayudante estaba hablando por teléfono. Laniel murmuró:

—Tiene que tratarse de una broma. Lo demás...

—Si esto no se aclara, tendrá que facilitarme una lista de las relaciones de su jefe.

Tanto particulares como profesionales.

—Sí, claro, pero confío en que todo quede solucionado, antes de que tengan que seguir adelante con su actuación, inspector.

—Si se tratase de una broma... —empezó el policía—, me gustaría conocer al autor.

Ya tenemos bastante trabajo para tener que servir de distracción a los desocupados.

El ayudante del inspector Barnes había colgado, y se dirigió a su jefe para decir:

—Ninguna denuncia del Damasco, inspector.

—Bien. Iremos a echar un vistazo... ¡Ah! Señor Laniel. Escríbame en un papel sus señas particulares. Puedo necesitar de usted, en cualquier momento.

—Sí, sí, inspector.

Laniel escribió en una hoja su domicilio particular, y lo tendió al policía que, tras examinarlo, lo guardó en su cartera.

—¿Tiene alguna fotografía del señor Lescaut? —preguntó Barnes, antes de salir de la oficina.

Laniel abrió el cajón y le mostró las que con anterioridad había enseñado tanto a Paul como a Tudor.

—Si no le importa, me las guardaré. Gracias —dijo el policía, metiéndose igualmente los retratos en el bolsillo.

—¡Al Damasco! —dijo a su ayudante.

Y ya sin más palabras, salió de la oficina.

CAPITULO VI

El inspector Barnes, junto con su ayudante, pasaron al interior del Damasco.

Era la hora en que las mujeres efectuaban la limpieza. Las sillas se hallaban sobre las mesas, y un par de potentes bombillas daban a la sala un tono muy distinto a como era por las noches.

El encargado, con un batín sobre el pijama, se había levantado de la cama. Dormía en una habitación del piso superior, y la presencia de la policía le causó gran extrañeza.

—Ignoro lo que están buscando. De veras. Anoche no ocurrió nada anormal. Habría sido informado.

Con el encargado había un viejo portero, que permanecía inmóvil, estático, en un rincón junto al bar, con una colilla que pendía de la comisura de sus labios.

—Anoche vino un hombre llamado Lescaut. Marcel Lescaut.

—¡Oh, sí! —sonrió—. Es cliente. Suele venir algunas veces. ¿Se refiere usted al detective privado?

—El mismo. ¿Le vio usted anoche?

—Pues sí. Lo recuerdo perfectamente. Esto estaba muy lleno. Como siempre, claro...

—Omita la propaganda —cortó el veterano policía judicial.

—Bueno, la verdad es que, a veces, se te pasan por alto los clientes, por eso lo decía, pero al señor Lescaut le vi. Lo recuerdo.

—¿Hasta qué hora estuvo aquí?

—Esto ya no se lo puedo decir. Recuerdo que le vi ante una mesa. La que casi siempre ocupa... Es por allí. —Y le mostró el rincón donde, en efecto, la noche anterior, Marcel Lescaut estuvo sentado.

—¿Iba solo?

—Es muy raro que el señor Lescaut venga solo a un sitio así...

—Conteste concretamente —pidió el policía, con su falsa benevolencia.

—No. Desde luego, no iba solo. Le acompañaba una señorita.

—¿La conoce usted?

—Pues no...

—Pero le había visto otras veces en su compañía.

—Pues la verdad es que no me fijé demasiado. Le saludé fugazmente. Pero no hablamos, ni me detuve, aunque... espere... Sí. Creo que ya le había visto otras veces en compañía de la señorita con la que iba anoche.

—De lo que se deduce que, normalmente, el señor Lescaut no va siempre con la misma.

—Bueno... No, ciertamente.

—Bien. Dice usted que no le vio salir.

—No.

—El portero...

—¡Oh! El portero de noche no viene hasta que empieza su turno, un poco antes. Tiene que estar aquí a las nueve.

—Deme sus señas... O mejor, llámelo. Que venga todo lo de prisa que pueda. Yo, entretanto, echaré un vistazo.

—Pero... ¿es que le ha sucedido algo al señor Lescaut? —preguntó, al fin, el encargado del Damasco.

—No lo sabemos aún, aunque hay quien asegura que ha sido... «Asesinado».

—¿Eeeh? —La sorpresa del encargado no parecía tener nada de fingida.

—Usted, tal vez, conozca a la gente que solía reunirse con él...

—Pues concretamente... No sé... A veces, hablaba con algunos amigos, pero yo no los conozco. De veras... ¡Dígame, inspector! ¿Y por qué le busca aquí?

—Porque, por ahora, es el único punto de referencia que tengo. Si usted asegura que estuvo aquí, sabemos que, por lo menos, hasta esa hora estaba vivo... ¡Y a propósito de hora! ¿Recuerda cuándo le vio?

—¡Oh, pues...! ¡Aquí las noches se pasan volando! Cuando uno consulta el reloj cree que es una hora, y ya es casi el momento del cierre. Déjeme recordar... Creo que fue al principio... Sobre las diez, poco más o menos, pero no podría precisarlo con exactitud...

—Bien. Avise al portero. Yo, entretanto, echaré una ojeada.

Y, seguido de su ayudante, el policía judicial deambuló por la amplia sala del local. Sus ojos lo miraban todo de forma profesional, como si tratara de retener cada uno de los detalles de la sala, de la decoración, del mobiliario...

Se fijó en los ángulos, en los rincones que formaban los paneles de la pared, en el altillo habilitado para los focos.

Luego, caminó hacia el bar, subió los correspondientes peldaños que salvaban el desnivel, y se plantó ante la larga barra, bajo una decorativa marquesina, que por las noches solía iluminarse con luces discretas, rojas, azules, verdes.

Miró al hombre de la colilla en la comisura de los labios. El tipo pareció asustarse y retrocedió algo. El policía continuó su inspección ocular.

Echó hacia adelante y vio una puerta disimulada tras un cortinaje, que ahora estaba tirado.

El encargado, que ya había terminado de telefonear, dijo:

—Por aquí se va al despacho. Tenemos algunos reservados para reuniones discretas...

También hay un pequeño restaurante, pero en la actualidad está cerrado...

El policía había entrado ya, y se fijó en el punto donde arrancaba una escalera.

—Yo vivo arriba. Si quiere usted subir...

—¿Hay alguna otra salida por aquí?

—Al final, sí. Es para casos de emergencia.

—Está bien. ¿Qué más hay que ver?

El ayudante estaba en el departamento de los servicios.

—¡Inspector! —llamó.

Barnes se dirigió hasta donde se hallaba su ayudante.

—¡Aquí! ¡Aquí, inspector! —añadió, asomando por la puerta. El encargado fue tras el policía.

Poco después, estaban todos en la sala de los lavabos. El ayudante de Barnes había abierto la última de las cabinas del lavabo, y señalaba al suelo.

—¡Fíjese en esto!

Era, en efecto, la cabina donde Paul Marçeau había dejado al detective.

Barnes se puso en cuclillas y examinó el suelo. Parecía que alguien había querido disimular unas manchas. En el piso, de terrazo color rosado, habían quedado unas marcas.

—Parece como si hubieran limpiado algo... ¿Qué opina, Clemençeau? —preguntó el jefe a su subordinado.

—Que deberíamos hacer examinar esto.

—Llame a los laboratorios. Y entretanto, que nadie entre aquí. ¿Me ha oído, verdad? —Y la advertencia iba, concretamente, para el encargado.

—Sí, sí, señor...

—¿Ha hablado con el portero de noche? —siguió el policía.

—Sí... Ha dicho que salía inmediatamente. No vive muy lejos. Puede que dentro de un cuarto de hora esté aquí.

—Bien, seguiremos...

Barnes siguió adelante, examinando el suelo.

—¿Han limpiado ya esto las mujeres? —preguntó. El encargado negó:

—No. Creo que no.

—Que no toquen nada. ¿De acuerdo?

—Lo que usted diga, inspector... Si... si me permite, llamaré al director. Tiene que saber esto...

—No. No le llame todavía. Ya habrá tiempo. El ayudante señalaba otro punto del suelo.

—Parece que hubieran arrastrado algo por aquí, ¿no cree? —murmuró.

—Sí. Ya me he dado cuenta —repuso Barnes.

Y tras la puerta, en el paso que comunicaba con la toilette de damas y la puerta del fondo, continuaron la búsqueda de lo que parecía un rastro

disimulado.

—¿Dónde conduce esa puerta? —preguntó Barnes.

—A un patio. Comunica con las cocinas. Allí hay otra entrada. Es para el personal.

—Vamos allá. Usted eche una ojeada a ese patio, Clemenceau —ordenó Barnes a su subordinado.

* * *

Entretanto, Laniel, impaciente, había tomado una resolución.

—Señorita Simmone. Cancele todas las entrevistas hasta nueva orden.

—Pero... ¿qué pasa? —preguntó ella.

—Nada, nada... Esperemos que nada... Si vuelve ese policía o llama, preguntando por mí, dígame que tardaré más o menos una hora, a partir de este momento. Quizá menos...

—¿Y a usted dónde puedo encontrarle?

—Eso no importa. Usted siga como si nada hubiese ocurrido.

—¡Pero si no sé lo que ha ocurrido!

Laniel hizo un gesto ambiguo, y salió de la oficina.

Fue a buscar su coche en el aparcamiento, dos edificios más allá, y, antes de ponerlo en marcha, sacó una agenda y buscó unas señas:

«Paul Marceau» —leyó, y a continuación, la calle del distrito de Montmartre.

Al poner el coche en marcha, Laniel pensó en voz alta:

—Si se trata de una broma, él tiene que saber algo...

CAPITULO VII

En el Damasco, el portero de noche recordaba perfectamente.

—En efecto, inspector. Ahora que usted lo dice... no recuerdo haber visto salir al señor Lescaut. Desde luego, le conozco perfectamente. Suele dar buenas propinas...

—Y no le vio salir. Pero sí le vio entrar.

—¡Haga memoria! —espetó el encargado—. Esto que dice es absurdo.

—Si no le importa, amigo, ocúpese de sus asuntos, y deje a ese hombre que conteste él. Cuando le interroge a usted, podrá hablar.

—¿Interrogarme? —inquirió el encargado.

—Bueno, hacerle unas preguntas. De momento, esto empieza a tomar forma... No sé todavía lo que saldrá, pero, al parecer, un hombre entró anoche en este local, pero ya no salió de él.

—¡Mark puede estar confundido! —exclamó el encargado. Mark, el portero, se apresuró a admitir:

—Bueno... Claro que pudo pasar sin que yo lo advirtiera.

—La puerta no es muy grande... Y usted debe estar aquí para algo más que para lucir su uniforme. Quiero decir que abre a los clientes cuando entran y cuando salen, ¿no?

Mark asintió.

—¡Oh, desde luego! Pero, a veces, tengo necesidad de ir al excusado... O me llaman para algo. Si en este momento entra o sale alguien, no puedo darme cuenta.

—Haga memoria, Mark —pidió el policía—. Piense en los momentos que abandonó la puerta anoche... No se dé ninguna prisa. Quiero que lo recuerde con la mayor certeza posible, ¿eh?

En aquel momento, entraron tres hombres. Uno de ellos llevaba un aparato fotográfico con batería para flash.

—¡Los especialistas, señor! —anunció el ayudante de Barnes.

—¡Ah, sí! Siga usted con Mark. Yo iré con ellos.

Barnes saludó a los recién llegados. Eran dos técnicos del laboratorio, y el fotógrafo.

—Quiero que saque fotografía de todo, y ustedes tendrán que analizar unas huellas.

Vengan conmigo —acompañó Barnes.

* * *

Simultáneamente, mientras en el Damasco continuaba la investigación,

Laniel llamaba a la puerta del pequeño apartamento de Paul Marçeau.

Paul se hallaba repasando una columna de anuncios, donde se ofrecía trabajo. Al abrir y encontrarse con Laniel, sonrió:

—No me diga que su jefe le manda a buscarme... ¿Qué? ¿Cambió su opinión respecto a mí?

—Sin bromas, Marçeau —cortó secamente Laniel—. ¿Qué pasó anoche?

Paul le franqueó la entrada, y Laniel pasó al interior, echando una ojeada general a la estancia. Estaba furioso.

—¿Qué pasó? —sonrió Paul—. Bueno. Los detectives son ustedes. Averígüenlo.

—Está bien, está bien. Usted le birló la cartera a Lescaut. De acuerdo... ¿Y qué más?

—¿Cómo qué más?

—Este es un asunto serio, Marçeau. Temo que haya llegado demasiado lejos. La policía ya ha empezado a meter las narices, y a Lescaut no le gusta en absoluto que husmeen en sus asuntos. ¿Comprende?

—¡Eh, eh! —protestó Paul, atajándole con una mano en alto—. Pare el carro... ¿La policía? ¿De qué diablos me está hablando?

—¿Usted no sabe nada? —preguntó Laniel, cambiando de tono.

—¿Nada de qué? —preguntó Paul, a su vez.

—Oiga, Marçeau... Tiene usted que contarme exactamente lo que sucedió anoche...

—¿Y por qué tengo que contarle nada? ¿Qué es lo que ocurre? Le veo muy excitado, Laniel.

—Marçeau... Alguien ha llamado a la policía, informando que Marcel Lescaut había sido asesinado.

—¿Eh? ¿Qué broma es ésa?

—No es ninguna broma. Un inspector de la policía judicial estuvo en mi despacho, hace menos de una hora... Han ido al Damasco... ¿Fue allí donde robó usted la cartera de Lescaut?

—Sí, pero...

—Vamos... ¿Y nada más?

—¡Claro que nada más! ¿Qué diablos pretende insinuar?

—Por favor, Marçeau, cuéntemelo todo. Cuéntemelo a mí, antes de que tenga que dar su nombre a la policía.

—¡Oiga! —Paul se abalanzó hacia el detective, y le atrajo hacia sí, sujetándolo fuertemente por las solapas de la chaqueta.

—Reflexione, Marçeau... Si se trata realmente de un crimen... habrá que decir toda la verdad.

Paul aflojó lentamente la presión que ejercía en las ropas de Laniel.

—Está bien. Se lo contaré todo. Pero después... ¡Cuidado con mezclarme a mí en nada! Yo no tengo nada que ver...

E instintivamente, su mirada buscó el revólver que había utilizado la

noche anterior. Laniel también estaba mirando el arma, que descansaba sobre la mesita de noche de Paul Marçeau.

* * *

Los técnicos de la policía estaban trabajando en las posibles huellas. El fotógrafo sacaba fotos de todo lo que estaba a la vista, y de lo que había aparecido después de aplicar los reactivos en el suelo, paredes, asiento de la taza del W.C., etc.

Uno de los técnicos comentó:

—Vaya un sitio eligieron, ¿eh?

Mientras, el portero había asegurado que, durante la noche, sólo dejó un par de veces la puerta.

—Fue a las once y media. Es la hora en que mi mujer suele acostarse. No está demasiado bien, y me preocupa... No llamo todos los días, sólo cuando sé que va a quedarse a ver algún programa de la tele. Sí... A las once y media estuve tres o cuatro minutos en la cabina, llamando. Luego, a las dos. Fui a tomar un bocadillo en la cocina. Cuestión de ocho o diez minutos. Procuero darme prisa por si acaso, aunque a esta hora no suele irse nadie porque coincide con uno de los pases del espectáculo.

—Bien, su información deja una puerta abierta... Tendré que hablar con el camarero que anoche sirvió al señor Lescaut, con el maître... En fin, con todos los que le vieron. Necesito saber el momento exacto en que dejaron de notar su presencia. Ya sé que esto va a resultar un poco difícil, pero tendrán que hacer un esfuerzo... Llámelos a todos — ordenó el policía al encargado.

—Sí, sí, señor.

El ayudante de Barnes regresó, informando:

—Bueno. Ya están...

—¿Las señales del patio también? —preguntó Barnes.

—Todo.

—Bien, que se vayan... —Y dirigiéndose de nuevo al encargado, preguntó—: ¿De quién es este local?

—Pertenece a una sociedad privada. Todos los asuntos los lleva el señor Durand.

Henry Durand.

—Llámele también. Dentro de una hora, les quiero a todos aquí. ¡Clemençeau! Que manden un par de hombres. Quiero tener la certeza de que nadie toca nada. Y los del laboratorio, que informen tan pronto tengan algo positivo.

—Sí, señor.

La investigación seguía su curso normal. Era la eterna rutina de siempre. Partir de cero y continuar sin pausas.

Y entretanto...

CAPITULO VIII

Paul Marçeau había incluido el relato exacto de lo ocurrido la noche anterior. Empezó desde el momento en que había aguardado la salida de Lescaut frente a la oficina hasta el instante en que le disparó la bala de cloroformo y le robó la cartera.

Tenía el revólver en la mano.

—¿Por qué diablos tuvo que hacer esto? —masculló Laniel, lanzando un bufido. Dio unos pasos por la estancia.

—¡Justamente ahora!

—Bueno... Tenía derecho a demostrar que yo también cuento con mis métodos.

—¡Sus métodos! ¿Y quién me dice a mí que ésta sea la verdad?

—¡Oiga, Laniel, no le consiento sus insinuaciones! Se lo he contado todo. ¡Ya está bien! ¡Y otra cosa! No tiene más prueba de lo que le he dicho que mi palabra...

—¿No se da cuenta de que, según vayan las cosas, tendré que explicar esto a la policía?

—Pero... ¡No es posible! Yo, cuando salí de los lavabos, le dejé dormido solamente. Laniel se volvió, desafiando al joven con la mirada:

—¿Está seguro, Marçeau?

—Si vuelve a hacer un comentario como éste, le partiré la cabeza.

—Sí. Ya veo que le gusta a usted la pelea. No sabe perder, y se lo advertí: ¡Hay que saber perder!

—Pues empiecen aprendiendo usted y su jefe...

—Si le han asesinado...

—¡Yo no tengo nada que ver! —gritó Paul.

—Está bien, está bien. No perdamos la calma... ¿A qué hora dijo que había ocurrido eso?

—Más o menos, sobre las once. Minuto más, minuto menos.

—¿Y nadie le vio a usted, mientras practicaba su... jugarreta?

—No. De ello estoy seguro.

—Hummm. ¡Justamente ahora! —exclamó Laniel.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Cosas del negocio. Lescaut tenía un asunto importante entre manos...

—Bien... si alguien podía tener motivos para matarle... usted puede saberlo mejor que nadie.

—Motivos, motivos... ¿No se da cuenta? Alguien pudo aprovechar la situación. Alguien que le hubiese visto a usted para...

—¿No me vio nadie! —recalcó Paul—. Me aseguré.

Se hizo un silencio, que interrumpió Laniel para aconsejarle:

—Ojalá todo esto termine bien... Y sólo sea una broma. Ojalá, pero, de lo contrario, si Lescaut no aparece, será mejor que sea usted mismo quien vaya a la policía y les explique lo que me ha contado a mí.

-¿Yo?

—Si no lo hace usted, Marçeau, tendré que hacerlo yo. En estos casos, es mejor no

ocultar nada... Además... usted insiste en que no le vio nadie, ¿verdad? Pues esto no le favorece, Marçeau. ¡No le favorece en absoluto, porque no tiene pruebas, no tiene coartada, y nadie puede asegurar que no haya sido usted el asesino...!

Aquella vez Paul ya no aguantó. Estaba cerca de Laniel, y soltó el puño derecho para alcanzarle de lleno la mandíbula.

Mandó a Laniel contra la cama, donde dio una extraña voltereta para terminar en el suelo, medio atontado.

—¡Se lo advertí! —gruñó Paul, golpeándose ahora la palma de la mano izquierda. En el suelo, Laniel se pasó la mano por la barbilla.

—Si sus únicos argumentos son los puños... Mal le veo, Marçeau. No quisiera estar en su piel.

—Usted se lo ha buscado. ¡Y ahora, lárguese!

Laniel se incorporó lentamente, y miró el revólver que el joven había vuelto a dejar sobre la mesa.

—¿Cloroformo, eh?

—¡Sí, cloroformo! Es un procedimiento antiguo. Tiene más de cincuenta años. ¿No se había enterado?

—Pero esta arma suya puede disparar también balas de verdad.

—¡Claro que puede! Pero le voy a demostrar que está cargado con algo más inofensivo.

Tomó el arma en un arrebato, y la desmontó. Una bala cayó en el suelo.

Inmediatamente, el rostro de Paul se tornó pálido. Laniel había visto lo mismo que él. Aquella bala caída en el suelo... ¡Era de verdad!

¡Todas las balas eran de verdad!

—No... No es posible —musitó Paul Marçeau, mientras Charles Laniel se inclinaba para recoger uno de aquellos proyectiles.

Lo sostuvo entre sus manos, y murmuró:

—Conque balas de cloroformo, ¿eh?

CAPITULO IX

—Pero, ¿qué pasa, Paul? ¿Qué cosa tan urgente es ésta? He tenido que inventar una excusa para que me dejaran salir de la oficina —exclamó Michele, reuniéndose en el bar donde Paul la había citado.

Demudado, tratando aún de hallar una respuesta a lo ocurrido con el cambio de proyectiles de su revólver, el joven se pasó una mano por el rostro.

—Tengo que solucionarlo antes de que la policía se entere, Michele... Laniel lo dirá. Y yo... ¡Pero, Dios mío!

—Cálmate. ¿Qué es todo esto? Empieza por el principio.

—Alguien cambió las balas de mi revólver, Michele.

—¿Qué?

—Se supone que han matado a Lescaut.

—Pero... ¿qué dices?

—Tienes que ayudarme...

—¡Paul! No entiendo ni una palabra... Dices que han matado a ese detective.

—Le han asesinado... Primero no quería creerlo.

Ahora, no sé... Tú sabes lo que yo me proponía. Lo que yo me proponía. Lo que hice...

¡Yo no pretendía matar a Lescaut! ¡Eso, no!

Había levantado la voz, pero en seguida, dándose cuenta de que podía llamar la atención, trató de serenarse.

Brevemente, hizo el relato de los últimos acontecimientos, a partir de la visita de Laniel.

* * *

En aquel momento, y mientras Paul ponía al corriente de todo a la muchacha, el inspector de la policía judicial estaba ante la gente que había citado.

El escenario seguía siendo el Damasco, y los presentes, además de los policías uniformados, que montaban la debida vigilancia, de Clemenceau y del propio Barnes, eran, un camarero, el maître, y el director, Henry Durand.

Henry Durand era un hombre joven, de cabello tratado en una alta peluquería; lo llevaba pulcramente cortado y bien peinado. Vestía con ropas de corte moderno. Una casaca oscura, muy bien cortada, pantalón de bien medida pata de elefante, camisa azul oscura y corbata. Sabía moverse

bien, y se mostraba perfectamente sereno.

Camarero y maître habían escuchado atentamente el relato de Barnes, y el primero, contestando a la pregunta del policía, manifestó concretamente:

—Sí. Yo le serví. Mesa 124. En el rincón. Como ha dicho el maître. Solía ocuparla cuando venía aquí. Puedo decirle lo que pidió: Whisky. Sólo bebía whisky, al menos, aquí. La señorita que le acompañaba tomó un combinado especial de la casa. Vodka, gin, naranja y Cointreau.

—¿Recuerda a qué hora se fue el señor Lescaut?

—No. No puedo asegurarle. Le vi levantarse una vez,

—¿Sólo?

—Sí. Sólo. Pero ya no volví a verle.

—¿Recuerda la hora en que le vio levantarse?

—Pues no, la verdad es que... ¡Espere! Más o menos debían ser las once. Sí. Estaba a punto de empezar el primer pase del espectáculo. Luego, ya no volví a verle...

—¿Y a su acompañante?

—Tampoco, por supuesto.

—¿Quiere decir que el señor Lescaut marchó... sin abonar la consumición?

—No, no... Encontré el dinero sobre la mesa... Estaba el importe y una propina, como de costumbre.

—Aunque el señor Lescaut no hubiese abonado el importe —adujo Henry Durand, entrando en la conversación—, la cosa carece de importancia, tratándose de él. Es persona grata a la casa...

El inspector pareció no dar importancia a las palabras de Henry Durand, y murmuró como si pensara en voz alta:

—De modo que a partir de las once... perdemos al señor Lescaut de vista... ¿Porque de los aquí presentes nadie más le vio?

Negaron todos. Durand repuso:

—Yo estaba en mi despacho, a esta hora. Hablaba con un representante de espectáculos. Forma parte de mi trabajo. Hay que pensar siempre en renovar el espectáculo...

—Señor Durand... ¿Quiénes forman la sociedad del Damasco? —preguntó, de súbito, Barnes.

—Pues, en realidad, es una sociedad privada. Ellos no se ocupan del asunto. Lo han dejado en mis manos.

—¿Les conoce usted?

—Sí, desde luego. Ellos me contrataron... Bueno, si quiere conocer más detalles, tendré que rogarle que pase a mi despacho.

El policía comprendió. Era una cuestión de discreción.

—Después —dijo—. Ahora, sigamos con esto. Durand murmuró:

—Es curioso que haya sucedido esto... justamente ahora.

—¿Decía?

—Nada, inspector... Sin embargo, estoy seguro de que si efectivamente asesinaron al señor Lescaut, no tuvo que ser forzosamente aquí... Su cadáver, por lo menos, no se ha encontrado.

—No. Evidentemente, no se ha encontrado, pero si no aparece el señor Lescaut vivo...

—¡Venga, inspector! —le interrumpió, de pronto, Durand—. Tengo algo que decirle.

—Bueno. Si es importante... Ustedes sigan aquí —añadió para el resto del personal. Poco después, en el despacho de Durand, el joven director informaba, en un arrebató.

—Sea lo que sea, es cosa de Madigan.

—¿Madigan?

—Ralph Madigan. Es un americano... Está metiendo demasiado las narices en todo esto.

—Empiece por el principio, por favor —pidió pacientemente el policía Barnes.

—Sí, sí, inspector...

Hizo una pausa y, tras un ligero carraspeo, comenzó:

—Esto es un negocio que, bien llevado, resulta rentable, al menos mientras goce del favor del público. Muchos opinan que es mejor disponer de toda una cadena... Bueno, el sistema puede ser más ventajoso, ya que cuando vienen los malos tiempos, un local en auge puede compensar las pérdidas de otro en declive, sobre todo teniendo en cuenta lo caprichoso que es el público, en esta materia de espectáculos.

—¿Es necesaria toda esa disertación en materia de espectáculos públicos, señor Durand? —interrumpió Barnes.

—En parte, sí. Verá. Este local se mantiene solo. A pesar de las competencias, está en primera línea. La competencia lo sabe, y son varios los que han insinuado la posibilidad de comprarlo para anexionarlo a sus cadenas. Lo han hecho de un modo más o menos indirecto. En estos asuntos, el interés por una cosa determinada se traduce en un aumento del precio.

—Sí, sí, la ley de la oferta y la demanda. Siga.

—Madigan es el encargado de una de esas cadenas, y lleva algún tiempo detrás de anexionar el Damasco a su grupo...

—Hasta aquí, no veo la relación.

—La verá en seguida, inspector... Ya le dije antes que los dos socios propietarios de este local no entienden nada en absoluto del asunto. Esto en principio fue para ellos como... una aventura.

—Por las chicas, ¿eh? —sonrió ligeramente el policía, para volver de nuevo a la seriedad.

—Bueno. ¿A qué engañarnos? Sí. Era como tener... chicas de propiedad.

Un lugar discreto donde ir, con reservados para su uso exclusivo y todas esas cosas... Esto podría usted averiguarlo, si quisiera, inspector, por lo que considero estúpido ocultarlo. Lo único que le pido es discreción...

—La tendré. Y por supuesto, si no es necesario, tampoco le preguntaré el nombre de esos señores.

—Gracias.

—Siga, Durand...

—Madigan llegó hasta uno de los socios. No sé cómo logró conseguir sus señas, pero el caso es que fue a verle... Bueno, al «visitado» no le sentó nada bien verse descubierto, y puso el grito en el cielo. Madigan continuó con sus visitas, y los dos socios comenzaron a temer que lo que habían mantenido en secreto durante tanto tiempo amenazaba en convertirse en algo que pronto iba a ser del dominio público.

Tras una pausa, Durand siguió:

—Mi tío Serge es quien lleva los asuntos de uno de los socios, con poderes notariales.

Serge Durand. Quizá le conozca usted.

—No recuerdo, ahora. Conozco a mucha gente. Continúe.

—Sé que mi tío, antes de tratar con alguien, suele buscar informes. Me habló de ello. De la posibilidad de la venta... Y también de ciertas sospechas que abrigaba con respecto al tal Madigan.

—Un momento... A usted no parece gustarle pertenecer a otra empresa.

—Yo no hubiese trabajado aquí. Madigan lleva los asuntos de modo muy diferente. Es un gángster... Eso fue lo que debió descubrir Lescaut.

—¿Cómo ha dicho?

—Sí, inspector. Sé que mi tío había encargado a Lescaut el informe respecto a Madigan. Y ayer por la tarde, Lescaut le telefoneó. Le dijo que ya lo tenía todo preparado. Tenían que verse hoy aquí. Esta noche...

—Está usted muy bien enterado.

—Cuando Lescaut llamó por teléfono, yo estaba en el despacho de mi tío.

—Se preocupaba usted por su emplee.

—¿No le parece lógico que así sea?

—¿Y si el informe de Lescaut, referente a Madigan, hubiese sido bueno?

—¿Eeeh?

—Sencillamente, usted pretende enfocar las cosas a una sola cara. Es decir. Deduzco, por sus palabras, que Lescaut había obtenido unos pésimos informes de Madigan, éste se enteró, y pensó que la mejor forma de que Lescaut no pudiera facilitar esos informes, era matándole...

—Es una suposición, una hipótesis, como llaman ustedes... Madigan solía frecuentar el local. ¡No! Anoche no estuvo —dijo él mismo, contestando una muda pregunta—. Pero sé que a menudo le han visto merodear, para controlar la gente que entra, ver el movimiento...

—Bien, bien —cortó el policía—. Miremos las cosas por el lado contrario... Puesto que es lógico que si Madigan se dedica a esos asuntos, quiera observar la mercancía que pretende comprar... —y a un gesto de su interlocutor, hizo un ademán para añadir—: déjeme seguir.

Y el policía judicial continuó:

—Enfoquemos el asunto por la otra cara. La que le he dicho. Madigan tiene informes excelentes. Nada impide, pues, venderle el local. Usted, por ejemplo, teme perder el empleo. Un buen empleo donde, por lo visto, hace y deshace y se siente como dueño...

—¡Déjeme seguir, hombre! —exclamó a un nuevo ademán del joven director.

Barnes añadió para terminar:

—Puestas las cosas así, se quita del medio a Lescaut para que no pueda informar.

—Pero esto es insinuar que yo... —protestó definitivamente Durand, sin poder terminar la frase porque nuevamente Barnes le atajó:

—Tranquilícese, amigo. Es otra hipótesis. Para que advierta que no necesita usted darme sugerencias para guiar la investigación. Sólo quiero datos concretos. Ya tenemos otro. La aparición de ese Madigan.

El policía tomó unas notas, y comentó para sí.

—Humm... De todos modos, si el móvil del crimen fuera ese dichoso informe, me parece sencillamente absurdo... Porque destruyendo al hombre no se destruye el

informe... a menos que lo llevara encima. ¿No le parece?

Se puso en pie.

—...Bueno... De momento, pueden irse todos a sus casas. Dejaré a los agentes de vigilancia, entretanto...

—¡Inspector! Pero por la noche...

—Mientras no crea necesario sacar una orden de cierre... podrá, naturalmente, abrir el Damasco esta noche, pero esté preparado para lo peor...

—¡Oh, no! Al fin y al cabo, si Lescaut ha muerto, no puede probar que haya sido aquí.

¿Dónde está su cadáver?

—Ya le encontraremos, señor Durand, ya le encontraremos...

—¡Pero si aquí no está! ¡Lo ha estado mirando usted todo!

—Bueno, hombre, bueno... Y no grite tanto. No estoy sordo —repuso Barnes, saliendo del despacho.

—¡Inspector! ¿Cuándo va a llevarse a los policías? —preguntó Durand, yendo tras él.

—Cuando lo crea oportuno.

—No es una buena propaganda para un local el que haya policías. ¿No lo entiende?

—No.

—No tiene usted ninguna orden para hacer lo que está haciendo.

—Durand... Usted conoce su oficio, y yo, el mío. Usted sabe lo que quiere el público, y yo sé exactamente todo lo que tengo que hacer para que su local se cierre por orden gubernativa. ¿Quiere apostarse algo?

—Aquí todo está en regla, señor —desafió Durand.

—¿De veras? ¿A que si pretendo encontrar una irregularidad, la hallo más de prisa que usted una bailarina cubana, pongamos por caso? ¿Quiere que avise a los de la Mundana? Son verdaderos especialistas. Comenzarán a hacerle sacar papeles, permisos... ¿Acaso en el local no se cuele algún menor o alguna menor? Usted no puede saberlo, claro está, no les pide la partida de nacimiento... Vamos, vamos, Durand, cálmese. Déjeme hacer. Ahora voy a salir, y usted vuélvase o quédese, pero no ponga dificultades a mis agentes. Será mejor para todos. Especialmente, para usted.

Barnes salió del local.

La visita que iba a hacer era para Charles Laniel, en la oficina de Lescaut. Y mientras...

* * *

Mientras había tenido lugar la escena anterior en el Damasco, Paul Marceau había relatado a Michele la visita de Laniel a su casa, y lo que había sucedido en ella.

—¡Te lo advertí, Paul! Esas bromas, a veces, suelen acabar mal... ¡Mira lo que ha ocurrido! ¡En valiente lío te has metido!

—No es momento para lamentarse, Michele. ¡Alguien tuvo que cambiar las balas de mi revólver! ¡Alguien que supiera lo qué me proponía!

—¡Hijo! —exclamó ella, atajándole rápidamente—. ¡No irás a acusarme a mí!

—¡Oh, claro que no! ¡Que estupidez!

—Es que hablas de un modo...

—Michele, por el amor de Dios. No es eso... Digo que, aparte de ti, nadie más, aparentemente, sabía lo que yo me proponía, «antes de hacerlo». ¿Comprendes?

—¡No!

—Escucha... Al principio, cuando vi los proyectiles auténticos, dudé unos momentos, pero ahora estoy seguro de que cuando disparé contra Lescaut, las balas eran las mías, las adormecedoras... El cambio ha tenido que ocurrir «después» ... Verás... yo estaba seguro de que nadie me había visto, pero puedo estar equivocado. ¿Entiendes? Tengo que volver allí para mirar aquello con más calma... Puede que, desde algún lugar que yo desconozco en estos momentos, alguien pudiera estar oculto... Y «presenciara lo ocurrido». Alguien, desde luego, que pensaba deshacerse

del detective. Pudo verlo cuando se dirigía a los servicios... Y verme a mí entrar tras él. ¿Vas comprendiendo?

—Ya. Cojo la onda... Quieres decir que el que pensaba matarle, te vio a ti, desde algún sitio... Luego, cuando saliste, entró en el departamento de lavabos...

—Exacto. Descubrió a Lescaut, y vio que no estaba muerto, sino simplemente dormido... Entonces comprendió lo que yo había hecho. Y él lo remató.

—¿Y por qué te cambió las balas de tu revólver?

—¡Para acusarme a mí! Pero esto es una estupidez. Una solemne estupidez. Cualquier experto en balística demostraría que de mi revólver no pudo salir la bala que mató a Lescaut. Si el detective tiene una bala en el cuerpo, que prueben a disparar una con mi revólver, y en seguida verán que, aunque las balas puedan ser iguales, el estriado, al pasar por cañón diferente, es distinto. La balística es una ciencia que no falla...

—Pues si con cambiarte las balas no pueden comprometerte... ¿Por qué crees que lo hicieron?

—Ahí está el misterio, Michele. Ahí está... Y sobre todo, en cómo pudo seguirme anoche, sin que me diera cuenta. Porque tuvo que seguirme...

—Veamos —dijo ella, tratando de ayudarlo—. Dijiste que, antes declamarme por teléfono, pasaste por el edificio de la oficina de Lescaut.

—A dejar la cartera, sí —admitió él.

—Luego, me llamas desde la Place de la République.

—Sí.

—Y al cabo de diez minutos, ya estabas en mi casa.

—Luego me dirigí a mi domicilio.

—Por lo tanto, no te separaste del revólver.

—Mientras estuve en tu casa, no. Pero cuando regresé a la mía, sí me separé. Fui al café a tomar algo. Cuando llegó Laniel, hacía bien poco que había regresado. Tuvo que ser entonces... Ya sabes que, a menudo, no cierro la puerta, y creo recordar que esta mañana, cuando me acerqué al bar, la dejé abierta. A quienquiera que estuviese empeñado en entrar, le habría resultado fácil.

—Y ese alguien, según tú, ¿qué hizo, durante la noche? ¿Esperar bajo la ventana de mi apartamento?

—¡Calla! ¡Espera! Puede que sea alguien que me conozca. ¡Sí! Esto simplificaría las cosas... No tenía por qué seguirme. Porque si me conoce, debe conocer mi casa también.

¡Eso es! Puede que viniera anoche, pero al ver que no estaba yo ni el revólver, decidió volver hoy...

—No lo comprendo, querido —murmuró ella—. Si ese cambio de balas no puede demostrar nada, lo que hizo ese ser desconocido y misterioso, es completamente absurdo.

—Cuando sepa quién es... conoceré también la clave de este misterio.

—Bueno, Paul... ¿Y a mí, concretamente, por qué me has llamado?

—Ya te he dicho que necesitaba volver al Damasco... Pero temo que Laniel haya informado ya a la policía de todo. Puede que me busquen...

—Si puedes demostrar tu inocencia, ¿por qué no vas tú mismo a la policía y les hablas claramente?

—¡Oh, Michele! Tú no sabes lo fastidiosas que son estas cosas... Me acosarían a preguntas. De momento, me retendrían... Compréndelo. Esto puedo resolverlo yo por mí mismo, ¿sabes? Sí... Puede que la clave de todo esté en el Damasco... ¡Vamos! Tengo que entrar. Tú me ayudarás.

Ella se encogió de hombros, y siguió a Paul.

El dos caballos de la muchacha estaba fuera y, una vez más, iba a conducir a la pareja.

—Déjame conducir a mí —dijo él y, empuñando el volante, dio el encendido.

CAPITULO X

—¿El informe Madigan? —inquirió Laniel, agrandando los ojos—. Sí, desde luego.

Lescaut trabajó personalmente en el asunto... ¿Ha hablado usted con Durand?

—¿Qué cree usted que he estado haciendo, señor Laniel? Bueno... Déjeme echar una ojeada a este informe.

—¡Es confidencial!

—Vamos, vamos, Laniel. No sé si el informe es o no es la clave de todo. Lo único que pretendo saber es qué hay sobre la moralidad de Ralph Madigan. Si no me lo dice, lo averiguaré de todos modos.

—La verdad es que lo ignoro. Lescaut lo llevaba personalmente y, si tiene algún dato anotado, estará en su caja fuerte.

—¿Y usted sabe la combinación?

—Bueno, yo...

—¿La sabe o no la sabe? —inquirió el policía, impaciente.

—Sí, desde luego. Lescaut tiene en mí toda su confianza. Somos amigos de antiguo,

¿sabe?

—Bien, ábrala. Yo no tocaré ese informe. Dígame usted lo más sobresaliente. Ya sabe. Todo lo que pueda tener interés. Y no se preocupe. Seguro que hace más años que usted que me dedico a husmear los asuntos privados. Sé guardar un secreto...

—La verdad es que estamos haciendo todo esto, sin saber concretamente lo sucedido...

—Laniel... En el Damasco hay manchas de sangre y señales evidentes de que, ha sido arrastrado «algo»... Vamos, Laniel...

—¡Inspector! Voy a darle unas señas. Las de un tal Paul Marçeau. Puede que él tenga algo que decirle sobre esto...

—¿Quién es Marçeau?

Mientras el detective explicaba la intervención de Paul en el asunto, éste, al volante del dos caballos de Michele, llegaba a las proximidades del Damasco.

—Anda, ve tú y di que una de las muchachas que trabajan ahí te ha citado...

—Pero parece cerrado. Estos sitios no abren hasta la noche —repuso ella.

—Puede que haya alguien vigilando, algún portero. ¡Averígualo!

—¡Con lo fácil que sería ir a contarle todo a la policía!

—Michele... Al principio, parecía hacerme mucha gracia que pudiera convertirme en un detective. Tú misma dijiste que hablarías con tu jefe, cuando viste el anuncio.

¿Recuerdas? Para que me recomendara...

—¡Hijo! No creía que esto fuera tan complicado, la verdad —exclamó ella, lanzando un bufido.

—Se trata de probar; mi inocencia,

—Pero tú no tienes que hacerlo, Paul.

—¡Sí, tengo que hacerlo, querida! ¡Quiero hacerlo! Es un trabajo particular... Si han intentado tenderme una trampa, quiero desenmascararles.

—¿A quiénes? —terció ella, impaciente.

—A los que sean. Por algún motivo, quieren quitarme de en medio... que la policía me retenga hasta que comprueben que yo no tuve nada que ver. No sé... No sé... Hay algo que no veo claro. ¡Y quiero averiguarlo!

—¡Qué pesado! Bueno... Que no se diga... Ahora, lamento que fuera yo la que te hablara del asunto. ¡Y lamento que mi jefe te recomendara!

—¡Oh! Te pones fea, cuando te enfadas... —sonrió él. Ella seguía en el coche, y Paul trató de acariciarla.

—¡Oh, sí! Carantoñas ahora. No. Déjame... Voy a hacer de secretaria tuya...

—¡Un momento! —exclamó él.

A través del retrovisor, acababa de ver un coche de la policía.

Del auto bajaron cuatro agentes uniformados. Estaba también Clemenceau, aunque en aquellos momentos Paul no le conocía.

Desde lejos, no podían —ni Paul ni Michele— oír lo que Clemenceau decía a los agentes, pero sí vieron cómo éstos entraban en el local.

—Parece que esto se pone feo —murmuró ella.

—¡Y tanto! Tenemos que irnos ahora. En estos momentos, es imposible entrar. ¿Qué demonio habrá ocurrido?

—Puede que hayan encontrado el cadáver —adujo ella.

—No lo sé, pero tengo que enterarme... Volveremos por la noche, ¿eh?

—¿Yo, también?

—Te necesito.

—Hum. Bueno, Paul. De acuerdo. Anda, llévame a la oficina. El jefe estará de uñas.

¡Con el trabajo que tenía!

Paul puso el coche en marcha, y dio la vuelta a la calle de doble dirección. Por el retrovisor miraba hacia la entrada del Damasco.

Hubiese dado cualquier cosa para saber lo que estaba ocurriendo allí.

El inspector Barnes, de la Brigada Judicial, comprobó que la puerta de entrada al apartamento de Paul Marçeau estaba cerrada. Nadie contestó a sus llamadas, y decidió volver al coche que tenía estacionado abajo. Allí espero, mientras llamaba por el teléfono del auto.

Pidió comunicación con su ayudante Clemenceau.

—Está en el Damasco —le informaron—. En seguida establecemos contacto. Momentos después, el joven Clemenceau se ponía al aparato, desde la sala de fiestas.

—¿Es usted, señor? Sus órdenes han sido cumplidas. La guardia está reforzada ya. Hay seis agentes en total.

—Bien, muchacho. ¿Algo nuevo del laboratorio?

—No, señor. Eso mismo iba a preguntarle yo...

—No. Yo no sé nada. Estoy en Montmartre, esperando a un tal Paul Marçeau. ¿Te dice algo este nombre?

—No. A mí, no —respondió el ayudante, tras una breve reflexión.

—Ni a mí tampoco. Pero, según Laniel, el tal Marçeau tenía una cuenta personal con

Lescaut. Algo un tanto extraño.

—¿Quiere que vaya, señor?

—No, no. De momento, sigue ahí, por si se produce alguna novedad, y mantente en contacto conmigo...

—Sí, señor. ¿Me da sus señas?

—Sí. Estoy en el 27 de la rue de Colbert.

Y apenas el inspector había colgado, se aproximaba el dos caballos de Michele. Conducía Paul, y la muchacha iba a su lado, de mal talante.

—¡Conseguirás que me despidan! —exclamó.

—¿Preferirías verme en la cárcel?

—¡Diablo! ¡Qué manía! Te gusta hacerte la víctima. ¡Quién va a meterte en la cárcel!

—Bueno, no discutamos. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¡Servir de cebo!

—No me extrañaría que hubiera algún policía, esperando por ahí. A ti no te dirán nada, pero si me ven a mí...

—Hum, está bien, señor detective de pega. —Y la muchacha bajó del coche, que él había detenido unos veinte metros antes de llegar a la casa.

Pasó por delante del auto en el que aguardaba Barnes. Miró un momento, y luego se metió en el portal del edificio donde vivía el joven.

Barnes salió del coche y, sin prisas, siguió a la muchacha, con un andar tranquilo, como si nada le apresurara.

Ella comenzó a subir la escalera, despacio también. El edificio tenía tres pisos únicamente. Era un inmueble viejo. En el primer piso había un solo apartamento, el de Paul. El resto correspondía a un almacén de la casa contigua, y las puertas habían sido tapiadas.

La escalera continuaba y en la segunda planta ya todo estaba destinado a pequeños apartamentos, y aún quedaba un tercer piso con un par de buhardillas.

La muchacha se quedó en el primer piso, y aguardó. Las pisadas del policía delataron su presencia, y ella supo disimular y continuar como si fuera a una planta superior.

El inspector permaneció en la escalera. Esperó unos momentos y miró hacia arriba.

La escalera, por lo estrecha, carecía de eco, y le impidió ver a Michele, que había llegado hasta el tercer piso, donde aguardó unos instantes para volver a bajar como si hubiese ido a dar un recado a alguien.

Cuando pasó por delante del policía, que estaba en el portal, ni siquiera le miró.

El inspector sí que la estuvo observando con disimulo. Ella continuó colgándose el bolso a la espalda, con toda naturalidad.

Pasó de largo por delante del coche donde la aguardaba Paul, que instintivamente había abierto la puerta. Al ver que ella no se detenía, comprendió y cerró rápidamente, dispuesto a seguirla para alcanzarla al doblar la esquina.

Pero el inspector Barnes no era un novato, y vio algo extraño en todo aquello.

La veteranía del policía judicial le indujo a tomar la decisión de seguir el dos caballos. Paul, a través del retrovisor, vio el coche virar, y temió algo.

Dobló la esquina, donde Michele ya había llegado. 'Abrió la puerta, y exclamó:

—Vamos, sube... Creo que tratan de seguimos.

—¡Es un policía! Lo juraría...

—Un tipo que fuma en pipa...

—Sí. Se parece a Jean Gabin. ¿Le has visto?

—Hace cosa de un momento.

—¡Ya tenían el coche de Barnes detrás!

—¡Va en ese coche! —exclamó ella. Y Paul aceleró.

En verdad, aquél era muy poco coche para competir con el moderno automóvil del inspector. No obstante, Paul no estaba dispuesto a dejarse coger.

Las calles, más bien estrechas, de aquella parte de Montmartre, se convirtieron, durante unos minutos, en una pista de carreras.

CAPITULO XI

Paul se había metido por una pendiente. Sólo cabía su coche. Aceleró a fondo hasta el final, donde dobló a la derecha, en un ángulo de ciento ochenta grados.

Las ruedas del utilitario chirriaron.

—Si consigo despistarle...

—¡Maldita sea! —rezongó ella—. Habrá tomado nota de la matrícula del coche... El hizo un gesto de contrariedad.

—No te preocupes... Yo arreglaré eso...

—¿Qué vas a arreglar?

—No me das demasiados ánimos, ¿eh? Nueva curva y otra vez chirriaron los frenos.

El dos caballos se portaba bien, y Paul sabía cómo dominarlo.

El policía, sin embargo, no perdía contacto; su veteranía en años no era obstáculo para que sus reflejos funcionasen perfectamente.

Ahora la calle subía, y Paul cambió la marcha un par de veces hasta llegar a la mitad de la subida.

El vehículo de Barnes parecía que iba a alcanzar al dos caballos de un momento a otro...

—¡De prisa! ¡De prisa! —gritó ella, animando a Paul, como si por fin quisiera participar de las circunstancias.

Un nuevo apretón por parte de Paul llevó el vehículo hasta la parte alta. Luego, venía una zona sin altibajos. Estaban cerca de la estación del funicular, ya en dirección a Pigalle.

El joven dio un brusco giro al auto, y descendió a tumba abierta por una calle de dirección contraria.

—¡Paul! —gritó ella, como si presintiera el desastre. Llegaron, al fin, abajo.

El inspector buscó otra salida para bajar. Al dar la vuelta al coche fue suficiente para que los fugitivos lograran la ventaja necesaria para despistarle.

Paul lanzó un suspiro.

Había cruzado ya Pigalle, y ahora descendía por uno de los bulevares.

—¿Y ahora qué? —sonrió ella.

—Yo arreglaré esto. ¿Comprendes? Olvídate del coche. Tardarán en averiguar a quién pertenece... Lo compraste de segunda mano, y hay bastante lío con los papeles, ¿no? Bien... cuando lleguen a ti, yo ya habré descubierto lo que me propongo... Ahora, olvídate del coche. Me queda algún dinero, y alquilaré uno. Procuraré que sea rápido.

—¡Eso mismo! ¡Ahora, despotrica de mi utilitario! ¡Lo usas cuando te conviene y...:

—Está bien, está bien. No discutamos. Te llevaré a la oficina.

—Sólo faltaría que me echasen a la calle. En fin... Eso me pasa por no saber elegir mejor a mis amistades.

Lo dijo enfurruñada, pero Paul lo tomó como una broma. Poco después la dejaba frente a la oficina, y ella preguntaba:

—¿Qué vas a hacer con mi coche? ¿No lo irás a tirar, verdad?

—Claro que no. Lo esconderé en algún sitio. No te preocupes.

—Hum —murmuró ella, y salió como una exhalación para volver a la oficina. El procuró alejarse pronto de la zona del centro.

El inspector Barnes comunicaba a la central el número de la matrícula del dos caballos de Michele, y a continuación le era comunicado un mensaje urgente del laboratorio.

—Barnes..., las manchas analizadas han resultado positivas. Es sangre. Y las huellas parece que son, en efecto, de un cuerpo, hombre, posiblemente. Su peso se calculó en unos 70 a 75 kilos. Había una huella de zapato, correspondiente al número cuarenta y dos. La suela y el tacón estaban en buen estado. ¿Le sirve todo esto?

—Todo sirve. ¿Algún dato más? —inquirió el inspector.

—Ningún otro, de momento.

—Gracias —dijo el inspector, colgando.

Ahora ya sabía que, en efecto, las manchas eran de sangre. Sangre humana, por supuesto, y que, desde la cabina del excusado hasta el patio había sido arrastrado un cuerpo que, según el examen de la mañana, mostraba huellas intermitentes..., como si a veces le hubiesen llevado en volandas y otras lo hubieran depositado en el suelo. Claro que, dado el tiempo transcurrido, algunas huellas pudieron haberse borrado.

El inspector pensaba en todo ello, y también intentaba descifrar dónde habían llevado al muerto. ¿Dónde?

* * *

Los periódicos de la tarde llevaban la noticia de la desaparición del detective, y del inicio de las pesquisas por parte de la policía.

«Llamada anónima moviliza a la policía para la búsqueda del detective privado Marcel Lescaut.»

Este era uno de los titulares.

Paul dejó el periódico sobre la mesa, y marcó el número de teléfono de la oficina donde trabajaba Michele.

Al poco rato, tras pedir por ella, recibió la respuesta.

—Lo siento, Paul. Hoy saldré un poco más tarde... No puedo negarme,

después del permiso que me han dado esta mañana. ¿Lo comprendes, verdad? Por la noche, si quieres, iremos a esa sala de fiestas..., si es que todavía sigues decidido a continuar.

—¡Ahora, más que nunca!

—Como quieras.

—Hasta la noche. Pasaré por tu casa. No importa la hora.

—Adiós, tengo que colgar.

Paul decidió aprovechar el tiempo y, con el nuevo coche, uno que había alquilado a su nombre, se dirigía ahora a la oficina de Lescaut. Eran cerca de las seis. Dejó el coche en el aparcamiento, dos edificios antes de llegar, y seguidamente se encaminó hacia la puerta del rascacielos del boulevard Haussman.

Tras utilizar el ascensor, caminó de prisa por el corredor hasta llegar frente a la puerta de la oficina de Lescaut.

Antes de que pudiera coger el pomo para empujar, la puerta se abrió. Era la telefonista la que había abierto, dispuesta a marcharse: Simone.

—¡Ah! —exclamó, por el susto ante la coincidencia—. ¡Usted!

—Lamento haberla asustado. Ella reaccionó:

—¡Oh! Hace usted mal en venir aquí. Deben estar buscándole por todas partes. Esta mañana he podido escuchar cómo Laniel le hablaba de usted a ese policía judicial. Pase, pase —insistió ella.

El joven entró, y Simone cerró la puerta, asegurándola con un pasador.

—¿Está sola?

—Sí. Laniel ha salido, hace poco.

—Quería verle a él. No me importa lo que crea de mí, pero necesito algunos datos.

—¿Qué clase de datos?

—Personas que pudieran tener motivos para odiar a Lescaut. Necesito conocer nombres... Pueden surgir entre los mismos clientes... Tengo un presentimiento.

Ella le observaba, interesada.

—Laniel no le ayudará...

—Simone... ¿Piensa usted llamara la policía cuando me vaya de aquí?

—¡Oh, no! —exclamó ella—, Claro que no... Puede que esté loca perdida o que mi intuición sea un completo desastre, pero cuando esta mañana he oído la historia que Laniel le contaba al policía, no he querido creérmelo. ¿Me entiende? No. No he podido imaginarme que usted sea un criminal... ¡A propósito! ¿No le ha hecho preguntas la policía?

—No me he dejado atrapar, pero sé que no podré burlarles por mucho tiempo. Por eso necesito conocer esos nombres. ¿Puede usted ayudarme?

—¿Tiene alguna idea? —inquirió ella.

—Es una larga historia, Simone. Pero alguien... Estoy seguro de que

el asesino es un conocido mío. Puede que me equivoque, pero tengo que partir de cero...

—Bueno..., la verdad es que no debería hacerlo, porque una cosa es fiarse de la intuición y la otra... ¡En fin! Esa chica nunca me ha sido simpática.

—¿Qué chica? ¿De qué me está hablando?

—De la rubia. Apuesto que ella sabe más que todos juntos de lo que pasó anoche.

—¿Una chica rubia?

—Sí, últimamente, el señor Lescaut parecía ir con esa zorra. Porque es una zorra. En eso tengo ojo. Yo las veo venir.

—¿Quién es?

—¡Tesoro!

—¿Qué?

—Es como él la llamaba. Apuesto a que anoche estaba con ella. ¿Y por qué a nadie se le ocurre buscarla? Se supone que se ha cometido un asesinato, y ni a la policía le pasa por la imaginación buscar a la mujer... ¡Buscar a la mujer! ¿De qué sirve nuestro famoso

refrán?

—¿Está segura de que anoche iba con una mujer? —preguntó Paul.

—Yo no lo vi, pero menudo es Lescaut para ir solo a alguna parte.

—Habla como si...

—No, no —cortó ella, como si adivinara lo que Paul iba a decirle—. No estoy despechada... Lescaut intentó algo conmigo, pero le paré los pies... A mí no me gustan los que hacen el amor galopante... Hoy con una, mañana con otra, como si deshojaran la margarita. Esta me gusta, ésta no... Yo voy con quien quiero, y me revientan los que se las dan de conquistadores... —Hizo una pausa, y añadió—: Pero con esa rubia, encontró la horma de su zapato... ¿Por qué no la busca, señor Marçeau?

Simmons se equivocó, al pensar que a nadie más se le había ocurrido buscar a la mujer.

En aquellos momentos, Barnes, desde su despacho de la policía judicial en el Quai des Orfèvres, hablaba por teléfono con su ayudante Clemenceau:

—¿Hay algo de esa mujer?

—No, señor. He hablado ya con el resto de los camareros. Nadie conoce el nombre de la chica que anoche iba con Lescaut.

—¿Ha hecho alguna otra indagación? —siguió el policía.

—Estuve en el domicilio particular de Lescaut, y he estado preguntando por los vecinos... Todos han coincidido en que le veían poco por casa. No solía dar escándalos de ninguna clase. Sabía ser discreto. Esta es la impresión que he sacado...

—Bien, si no tiene nada más...

—No, señor. ¿Cómo va el asunto de ese Paul Marçeau? —inquirió, a su vez, el ayudante.

—No he podido dar con él. Se me escapó. Hay vigilancia cerca de la casa, pero temo que el pájaro no volverá a la jaula, por ahora. No sé hasta qué punto ese Marçeau podría ayudarnos a resolver el asunto... En fin. Debemos tener paciencia.

—Sí, señor.

Cuando colgó, el policía se encaró con el hombre que tenía al otro lado de la mesa. Era Laniel.

—Me gustaría ayudarle, inspector —dijo el lugarteniente de Marcel Lescaut—, pero ya se lo he dicho. Éramos amigos, pero él nunca me hablaba de sus asuntos particulares. Desde luego, sé que tenía una buena colección de chicas para elegir... En ese aspecto, poseía un don especial. Las atraía... En eso era envidiable.

—¿Usted cree? —inquirió el inspector, con cierta indiferencia.

—Bueno, cuando se es joven, es bueno variar. Y bonito, ¿no cree?

—Tal vez. No digo que no, pero ciñámonos al caso. Ahora lo importante es saber el nombre de la mujer que le acompañaba anoche... Porque si le mataron en la cabina del servicio..., resulta un poco extraño que ella abandonara el Damasco, sin denunciar su desaparición.

—Muy extraño, inspector. De veras...

Se hizo un silencio, que interrumpió un subordinado de Barnes para anunciar:

—Ralph Madigan, señor.

—¿Está ahí?

—Sí.

—Un momento.

—¿Necesita algo más? —preguntó Laniel.

—No, por ahora... Puede irse, pero si descubre el nombre de esa señorita, avíseme en seguida —pidió Barnes.

* * *

—¿El nombre de esa chica? murmuró Simmone, sentada en el asiento delantero del auto alquilado por Paul—. Pues no... No sé su nombre... Sin embargo, una vez se lo oí nombrar... Sí... Ella telefoneó. Esto es...

¡Ya lo tengo! ¡Marina! Sí. Marina. Ese fue el nombre que dio.

—¿Dónde la vio usted? —preguntó Paul, conduciendo el automóvil en dirección al Bois de Boulogne, a través de la avenida Foch, después de haber cruzado ya L'Etoile.

—La vi dos veces. Una, estuvo en la oficina, y la otra, aguardaba a Lescaut en el coche. Cuando estuvo aquí, hablé con ella. Poca cosa. Su voz me quedó grabada, por lo fingida. Una voz falsa, ¿comprende? Todo es

sofisticado en esa mujer...

—Si supiéramos dónde vive...

—Tal vez... —murmuró ella—. Sí... Tal vez por el número de teléfono. ¡Espere! Debo tenerlo anotado en algún lugar de la oficina... Sé que un día el señor Lescaut me pidió que la llamara, y lo anoté para que no se me olvidara... Dé la vuelta.

Paul obedeció, de mil amores. La chica, en efecto, podía ser una pista más segura.

CAPITULO XII

Ralph Madigan era un hombre cuarentón, de aspecto mundano, buen vividor y, para alguien que tuviese el don de la observación tan desarrollado como el inspector de la Judicial, podría añadir que Ralph Madigan, además, era hombre de pocos escrúpulos...

—Esto no es muy regular, inspector... ¿Por qué diablos me llama aquí? Yo no tengo nada que ver con la policía. Todos mis asuntos están dentro de la ley... Además, soy ciudadano americano...

—Acabe ya, señor Madigan —cortó el inspector, sin inmutarse—. Tiene usted la residencia en París, trabaja en París, y debe colaborar cuando se le pida... No trato de pisotear ninguno de sus derechos. Sólo me interesa hacerle unas preguntas relacionadas con la desaparición de Marcel Lescaut.

—¡Sí! —masculló el americano—. Ya he leído lo que decía el periódico de la tarde. ¡Y no me extraña! Los tipos como Lescaut tienen que acabar mal, por fuerza.

—¿Por qué, señor Madigan? —preguntó el policía.

—Porque son unos bastardos...

—¿Usted cree?

—¡Sí, lo son! Ya sé que Lescaut andaba detrás de mí. Le habían pagado para que informara de mis asuntos. ¡Maldita sea! ¿Por qué nadie tiene que meter las narices en mis asuntos?

—Opina, por lo tanto, que había gente en número superior que deseaba acabar con él.

—Bueno... —bufó el americano—. Yo no digo ni niego. Pero Lescaut estaba pidiendo a gritos que alguien le diera una lección.

—Como lección, señor Madigan, ¿no cree que han ido demasiado lejos?

—Bueno... Aún no se sabe si realmente ha muerto o no. ¿Verdad? —comentó Madigan.

—Si a lo que se refiere es a si hemos encontrado el cuerpo de Lescaut o no, la respuesta tiene que ser negativa. El cuerpo de Lescaut todavía no ha sido encontrado.

—¿Qué quiere de mí concretamente? —preguntó—. ¿Por qué me ha hecho venir?

—Primeramente —espetó el policía—. él le he hecho venir yo a usted, se debe a que estoy cansado, y tengo poco tiempo. Así que iré al grano... ¿Cuándo tenía que entrevistarse usted con los representantes de la sala de fiestas Damasco...?

—¿Está enterado, eh?

—Sí. Lo estoy. Iba usted a efectuar una compra...

—En efecto. Uno de los gerifaltes me dijo que tenía que consultarlo con su socio... Me prometió que esta semana quedaría resuelto todo...

—Y como dijo, señor Madigan, usted supo que Lescaut iba tras suyo, reuniendo unos informes...

—Ya le he dicho lo que opinaba de Lescaut. ¡Puaf! Es un perro. —Y lanzó un simbólico escupitajo.

—El cumple con su obligación... No está prohibido obtener informes sobre la solvencia ajena... En casos como usted, señor Madigan, yo diría que incluso está justificado.

—¡Oiga, oiga!

—No grite, señor Madigan. Usted es ciudadano de un país democrático, y yo, democráticamente, digo lo que pienso de usted. Es un cerdo.

—No se atreva a repetir esto porque, por más comisario que sea...

—¡Qué! —El policía se incorporó, y midió con la mirada a su oponente. Si el americano era alto, Barnes no le iba a la zaga.

—No tiene ningún derecho, inspector... —empezó el otro.

—Oiga, Madigan... La mitad de esos informes son ciertos... Yo mismo he hecho algunas comprobaciones... En algunos medios, es usted sobradamente conocido... Ahora, escúcheme. Si puedo probar la otra mitad, le juro que le haré encarcelar... Creo que no hay delito que usted no haya cometido...

—Pruébelo —sonrió Madigan.

—¡Sin burlas, Madigan! ¡Se lo advierto!

—Bueno, inspector... Al grano. —Se puso un chicle en la boca y comenzó a masticar.

—Tire eso, o se lo haré tragar —opuso el policía, mirándole desafiadoramente...

—Hum. Bueno, acabemos.

—Sí. Porque mientras esté usted aquí, esto olerá mal... Dígame dónde estuvo anoche, a partir de las once, y quién puede probar lo que usted dice.

—¿Quiere una coartada, eh? ¡Je! No se preocupe. La tengo, inspector, la tengo...

* * *

—¿Por qué confía tanto en mí? —preguntó Paul, de nuevo en la oficina, donde Simmone buscaba entre antiguos apuntes... aquel número de teléfono, correspondiente a la rubia llamada Marina.

Entretanto, Laniel, de regreso del puesto de policía, se dirigía otra vez hacia la oficina. Simmone contestó a la pregunta de Paul:

—Mire, señor Marçeau... Ya le he dicho que puede que sea una tonta..., pero desde el primer momento me fue usted simpático... Y lamento esa

clase de trucos que emplea el señor Lescaut para probar a sus nuevos colaboradores. De veras. Lo considero una burla humillante... A los que se las dan de sabiondos, puede que les esté bien empleado, pero usted me pareció una persona seria y formal...

Se interrumpió para sonreír levemente.

—Puede que esté en presencia del verdadero asesino...

—Eso no lo diga ni en broma —susurró él

—No. No lo pienso. Siempre me he dejado guiar por la intuición...

¿Contesta esto a su pregunta?

—Sí, Simone. La contesta perfectamente. Y estoy agradecido porque trata de ayudarme. En mi situación, es difícil.

—¡No consigo encontrar ese número! —se lamentó ella que había vuelto a la búsqueda intensa.

Y mientras, el auto de Laniel seguía avanzando por el boulevard Sebastopol, después de haber salido del Quai des Orfèvres, en Filie de la Cité.

Simone continuaba registrando los papeles. Tenía notas, apuntes, cosas sin importancia que, a medida que pasaban por sus manos, arrugaba y echaba a la papelera.

—Tengo que hacer limpieza de estos cajones —se prometió. Paul consultó la hora. Eran casi las seis y media ya.

Laniel dobló la esquina para tomar ya el boulevard Haussman. El rascacielos estaba cerca.

—Eche un vistazo, Marceau —pidió ella—. Es otro presentimiento.

—¿Qué?

—Que Laniel regrese. Estoy segura de que si sale pronto del despacho de Barnes, volverá... Tiene mucho trabajo pendiente.

Paul asintió, y se aproximó a la ventana, en el momento en que Laniel había entrado en el aparcamiento.

—Sentiría comprometerla —murmuró Paul, desde la ventana.

—¡Oh, no! Por mí, no se preocupe. Es por usted.

Laniel va armado. Dijo que usted le había golpeado, pero que otra vez no se dejaría sorprender.

—Me fastidió que dudara de mí, que insinuara, a cada instante, que yo podía ser el asesino de Lescaut.

Ella lanzó un bufido. El número que buscaba seguía sin aparecer.

Y Laniel subía ya del aparcamiento para volver a la calle, y caminar los cincuenta metros aproximadamente que le separaban del edificio.

—Quizá no esté aquí —murmuró la muchacha, un tanto desilusionada por no encontrar lo que buscaba.

—Es una lástima, pero procure hacer memoria, Simone... Este número de teléfono de la chica, puede ser la clave...

—Sí, sí... Si al menos pudiera acordarme... Creo que era Balzac... Eso

es... Empezaba por Balzac... 5...2...

Laniel subía ya por uno de los ascensores.

El edificio, compuesto principalmente por oficinas, estaba prácticamente desierto. El tránsito de personal era escasísimo. No habían aglomeraciones de ninguna clase en los ascensores.

—¡Aquí está! —gritó Simmone.

El número estaba en una hoja de cuaderno sin arrancar. Empezaba, efectivamente, por Balzac. El número de esa central era el 25 780.

—Balzac, dos, cinco, siete, ocho, cero.

—Vamos... Averiguaremos la calle donde se encuentra.

Salieron en el instante en que Laniel bajaba del ascensor. Tenía que doblar por un corredor.

Simmone señaló hacia el otro lado, diciendo:

—Por aquí llegaremos antes... —Y así fue como al tomar otro corredor, Laniel no se cruzó con la pareja.

Poco después, y desde el teléfono de un bar, Paul marcó el número que ella había dicho pertenecía a la rubia Marina.

Nadie contestó a la llamada. Paul insistió, con el mismo resultado.

—Puede que, después de haber asesinado a Lescaut, se haya marchado —murmuró ella, agrandando los ojos.

—¿Es otra intuición? —sonrió él.

—No, no... Ha sido una tontería...

—Buscaré otro teléfono de ese grupo —murmuró Paul, al cabo de un silencio. Eligió uno al azar, y telefoneó.

—Disculpe, señora... ¿Está Paul?

—¿Cómo dice? —inquirió una voz femenina al otro lado del hilo. Paul siguió con el ardid.

—¿No es usted la madre de Paul Morgan? Soy Jean Cloud.

—Se equivoca, señor.

—Oiga. ¿No es éste el boulevard Haussman?

—¡No, señor! Esta es la rae de Berger.

—¡Oh, disculpe! —exclamó Paul, y colgó juntamente con la dama que le había contestado.

—Rué de Berger... Buscaremos en esa calle, y en todo el sector... ¡Oh! Pero usted no tiene por qué molestarse, Simmone. Ha sido muy amable facilitándome esa pista...

—¡No me lo agradezca, señor Marçeau! De veras. Me gustan esos asuntos... De veras.

¿Me deja que me quede con usted?

—Por... por supuesto que sí —admitió él.

Simmone era una muchacha bonita. Su aspecto, totalmente femenino, contrastaba con sus arranques espontáneos, con sus salidas destempladas a veces, pero naturales siempre, francas.

Pensó en Michele. Con ella tenía que proseguir la investigación, después que hubiesen abierto las puertas de la sala de fiestas Damasco.

En realidad, en aquellos momentos, Paul no supo por qué había pensado concretamente en Michele, y como lo que apremiaba era encontrar las señas correspondientes a aquel número, continuó la búsqueda, en lo que la telefonista de la oficina del detective le ayudó.

Por fin, el número apareció.

—Es aquí... ¡Ya lo tengo! —dijo Paul—. El teléfono va a nombre de... Durand... ¿Le suena ese nombre? Henry Durand.

—Debe ser el propietario del piso. No me suena, pero tampoco esperaba que fuese a nombre de la chica.

—Bueno. Iré a echar un vistazo.

—¿Me deja que le acompañe?

—Si quiere. ¡Vamos!

La distancia a recorrer no era mucha, pero entretanto...

CAPITULO XIII

Laniel, solo en su despacho, estaba llamando por teléfono. Cuando contestaron al otro lado del hilo, habló:

—¿Es usted, Tudor?

—Sí. ¿Quién llama? —inquirió la voz.

—Soy Laniel. ¿Me recuerda, verdad? De la oficina de Lescaut.

—¡Ah, sí!

—¿Puede venir, por favor?

—Estaba esperando su llamada —repuso tranquilamente el que también había sido aspirante a detective.

—Le espero.

—Si el tránsito lo permite, en diez minutos estaré con usted —repuso Tudor.

En aquellos momento, Paul Marçeau, junto con Simmone, llegaban a la rue Berger.

—Es la otra esquina —dijo él.

Poco después, detenía el coche, y ambos salían en busca del número de la calle. Paul indicó:

—Aquí es.

Era un edificio antiguo, de aspecto noble, tradicional. Cuatro plantas, de sólida construcción.

Pasaron, procurando no llamar la atención de los porteros. Más allá estaban los buzones.

—Durand... Segunda planta. Subiremos a pie —dijo Paul. Luego, al subir la escalera, ella comentó:

—Durand... Será una coincidencia...

—¿Le recuerda algo?

—Bueno... Usted dijo Henry Durand, pero hay otro... Se llama Serge... tiene asuntos con Lescaut. Es un cliente.

—¿Serge Durand? —inquirió él, mientras subían las escaleras. Ella asintió

—Sí... Serge Durand. Debe ser una coincidencia.

—O tal vez no. Trate de recordar. ¿Qué clase de asuntos eran esos? —preguntó Paul.

—Lescaut investigaba conductas, antecedentes y la solvencia de la gente con la que Serge Durand tenía que tratar, por cuenta de terceros.

—Hum... Veremos.

Llegaron al segundo piso, y Paul llamó el timbre de la puerta. Esperó. Nadie contestaba.

—No hay nadie, por lo visto... —murmuró él.

—¿Qué hacemos?

—Me gustaría entrar en esta casa...

—¿Tiene una ganzúa? —preguntó ella.

—No. No tengo ninguna ganzúa. —Luego, añadió—: Mire, Simone. Yo no soy un detective profesional. Hice algún trabajo como aficionado, donde trabajaba

últimamente. Confiaba en que podía tener éxito. Siento decepcionarla.

—¡Oh, no, señor Marceau! Siempre he despreciado a los superhombres... A esos agentes secretos que han idealizado... Me gustan las personas como usted, sencillas, pero que saben arriesgarse cuando conviene...

—En esas casas... antiguas... Recuerdo que en algunas hay entradas de servicio...

—Tiene razón.

—Veamos si encontramos otra puerta —dijo él.

No era necesario buscar mucho. En el rellano había otra puerta que comunicaba con un corredor. Al final, estaba el montacargas y la puerta que Paul había aludido. También estaba cerrada.

Ella descubrió una ventana que daba a un patio interior. Paul la abrió, y encontró una especie de balcón cubierto. Había una cornisa para llegar hasta él.

—Espere aquí, por si viene alguien. Abra bien los ojos. Trataré de entrar por ahí —dijo él.

Simone asintió, mientras Paul pasaba al otro lado. Bajo sus pies tenía una altura de dos pisos, con algunos metros de más porque el fondo del patio era más bajo que el nivel de la calle. Unos diez metros en total.

Cruzó la cornisa y alcanzó la galería cubierta. Tenía uno de los pórticos abiertos y, haciendo gala de buen sentido del equilibrio, se coló por él.

¡Ya estaba en la casa!

Simone, con los dedos, le hizo un signo, simbolizando la suerte.

Paul pasó al interior de la vivienda. Todo estaba oscuro, pero era fácil imaginar las salas y dependencias en general, amplias, espaciosas, de techos altos, repujados, lujosos en detalles, algo que ya no se construía, ni siquiera se decoraba de aquella forma.

El joven encendió una luz tras andar a tientas, y se encontró ante una espaciosa sala intermedia. Vio buenos cuadros colgados en la pared, sillería Luis XIV, muebles renacimiento y un bargueño estilo rococó, como si, en conjunto, la pieza quisiera emular la sala de un museo.

Continuó por la casa. Todo estaba en orden.

La hegemonía, sin embargo, quedaba rota al llegar a una habitación montada a estilo moderno, funcional. El techo había sido rebajado con madera o acaso yeso. Las paredes estaban empapeladas en tonos muy

llamativos. Había fotografías de mujeres en la pared, artistas, al parecer. No llevaban ninguna ropa. Eran fotos de «arte», de propaganda... Una especie de pornografía disfrazada.

De pronto, los ojos de Paul se detuvieron en algo concreto. En sus labios se dibujó algo ininteligible: un pensamiento que a punto estuvo de brotar.

Unos pasos, disimulados por las alfombras que cubrían casi por entero las habitaciones, le hicieron volver de sus pensamientos.

Los pasos se acercaban.

Paul tenía la luz encendida, una luz indirecta, que permitía ver todo sin deslumbrar, sin dañar los ojos.

Vio un recodo formado por la misma decoración de la sala, y se ocultó allí, pegándose a la pared, conteniendo la respiración.

Los pasos, ahogados, se acercaban. Se acercaban.

¡Estaban allí!

De pronto. Ella asomó.

—¡Señor Marçeau! —llamó con voz queda.

—¡Simmone! —exclamó Paul, al reconocer a la muchacha—. ¿Pero...?

—Disculpe. Tenía ganas de ver eso... Ahora ya sé quién es ese Henry Durand. No puede ser otro... Además, he visto el retrato de Serge.

—¿Qué?

—¡Serge Durand! El cliente de Lescaut... Henry debe ser su sobrino... ¡El director de la sala de fiestas Damasco!

—¿Está segura? —inquirió Paul.

—Claro que sí... Bueno. Yo no estoy muy al corriente de todo. Sólo llevo seis meses en la oficina... Todo lo que sé es de oídas... Ya sabe. Estoy en el teléfono. A veces, sin querer, una escucha...

—Sí, sí, claro... Entonces... Todo conduce al Damasco. Es lo que suponía... Pero es que además...

—¿Qué? —le animó Simmone a continuar.

—Nada, nada. Salgamos de aquí.

—Vamos por la puerta principal —dijo ella—. Si tiene cerradura automática, nos evitaremos hacer equilibrios. ¡Mire lo que me ha sucedido!

Se levantó la falda olímpicamente, y mostró una larga carrera en sus medias de finísima fibra.

El admiró las femeninas extremidades de la muchacha.

—Bueno, bueno. Vámonos ahora...

—Sí, señor Marçeau...

—Deje de llamarme señor Marçeau.

—¿Prefiere que le llame Paul?

—Sí. Es más corto.

—¡Qué cabeza, Dios mío! Tenemos la clave... Entretanto no demos con la rubia... hay algo más... Algo en lo que nadie ha pensado.

—Es usted un pozo de sorpresas. Diga.

—¡Tudor! —exclamó ella.

—¿Quién es ése?

—Georges Tudor... Un aspirante, como usted. Vino al día siguiente.

—¿Al día siguiente?

—Sí. Anoche tenía que estar en el Damasco. Para pasar la prueba de fuego —explicó ella.

—Entonces... ¡Ese hombre puede saber muchas cosas! —espetó Paul.

—Esta mañana vino, antes de que el inspector Barnes apareciera, explicando lo de la llamada anónima. No sé lo que puede saber Tudor de todo esto, su prueba creo que fracasó, como usted... Pero con él lo sentí menos. Lo de la intuición, ¿sabe? Bueno... Si regresamos a la oficina, buscaré la dirección de ese hombre.

—Está bien, Simmone. Volvamos a la oficina... Y ojalá ese Tudor pueda hacer algo. ¡Si lo hubiese sabido antes! —murmuró Paul, mientras salían del piso de Henry Durand, utilizando la puerta principal.

CAPITULO XIV

Georges Tudor, en aquellos momentos, bajaba del ascensor en la planta donde radicaba la oficina de Lescaut.

No se cruzó con nadie por el corredor, y tampoco se detuvo hasta llegar a la puerta correspondiente.

Empujó. Estaba cerrada, y llamó al timbre. Laniel no tardó ni medio minuto en abrir.

—Supuse que era usted. Pase.

—¿Ha cambiado de opinión respecto a mí, señor Laniel? —preguntó el recién llegado, pasando al hall.

—No se trata de esto. Supongo que debe haber leído los periódicos.

—¿Lo referente a la desaparición de Lescaut? ¡Oh, sí! Los he leído...

—Bueno, Tudor. Usted estuvo allí. No he dado su nombre a la policía... He preferido, primero, hablar con usted.

—¿Para qué?

—¿Usted estuvo allí, no? —insistió significativamente Laniel.

—Se lo explique todo esta mañana, señor Laniel.

—Haga memoria, Tudor. Pase... Pase a mi despacho, y piense... Han encontrado rastros de sangre en los lavabos. Hay indicios de que Lescaut ha sido asesinado... Usted tuvo que ver algo. Me dijo que estaba bien situado.

—Sí. Pero, para usted, fracasé en esa prueba. Más o menos, es lo que me dio a entender esta mañana. Bien... ¿Qué más quiere que le diga? Yo no sé nada.

—Tudor... Voy a decirle la verdad. Se necesita ser muy listo para entrar como ayudante en esta oficina. El hombre que usted seguía era... —Laniel se interrumpió, de pronto. Había caído en la cuenta de algo que, sin palabra, le había dicho Tudor.

Y Tudor sonreía.

—¡Usted lo sabía! ¡No le he dicho nada, pero usted dio a entender que «sabía» que el hombre que estaba siguiendo era el propio Lescaut!

Tudor siguió sonriendo.

—Yo... Yo le dije que habían encontrado rastros de sangre en el lavabo, y que había indicios de que Lescaut había sido asesinado... Pero, oficialmente, para usted, aquel hombre no era Lescaut...

—No se esfuerce, Laniel. Sabía que era Lescaut. Sí —dijo tranquilamente Tudor.

—¿Por qué no lo dijo?

—Es una larga historia, Laniel... Una larga historia. No tengo tiempo de

explicársela.

Y tranquilamente, como si sacara un paquete de cigarrillos del bolsillo, lo que extrajo Tudor fue un revólver. Tenía un silenciador aplicado.

—¡Tudor! —exclamó Laniel...

El auto alquilado de Paul doblaba ya la esquina del boulevard Haussman,

—¡No, Tudor! —repitió Laniel, al verle tan sereno, tan seguro de sí mismo, tan dispuesto a disparar.

—Hay que saber perder, Laniel... ¿No es éste el lema de la casa? ¡Hay que saber perder!

—Pero..., ¿por qué?

—Yo era un buen detective hace años, Laniel... Y aún sigo siéndolo... Pero vino Lescaut con sus métodos, con sus burlas... ¿Ha oído hablar de la agencia Picpus?

—Sí. El..., él empezó allí... —tartamudeó Laniel.

—Y allí estaba yo. Para demostrar sus métodos, comenzó a ridiculizarnos a todos. A mí me costó el puesto... y en aquellos momentos, algo más... Mi mujer estaba muy enferma. Me quedé sin dinero, sin trabajo, y con una hija de corta edad...

—Pero... oiga. Oiga, Tudor. No puede ser... El le hubiese reconocida. Recuerde que la condición era mandar una fotografía.

—He cambiado mucho, Laniel. Entonces, mi pelo era rubio, abundante, y cenía veinticinco años. Hoy me acerco a los cincuenta. Soy casi calvo, y tengo arrugas. Físicamente, he cambiado... No. Sabía que no iba a reconocermé. Unas personas envejecen con normalidad, yo, no. Mi envejecimiento ha sido física y espiritualmente. Luego, me he ayudado con unos ligeros retoques... un rostro cambia mucho, si uno sabe cómo arreglárselas... Vea, Laniel.

Tudor presionó uno de sus pómulos, y pareció que una pieza de carne saltara para quedar en sus manos. Parte del rostro, el lado izquierdo, le quedó más enjuto, diferente. Ahora, su faz, en la penumbra, parecía monstruosa, dado que, en la otra mejilla el pómulo postizo seguía en su sitio.

—No. Lescaut no era tan listo. Y no sabía perder... Simmone y Paul estaban ya en el ascensor.

—Usted... Usted le mató —empezó Laniel.

Tudor no respondió. Amplió su sonrisa, y efectuó una ligera presión en el gatillo del revólver.

Disparó hasta tres veces.

Prácticamente a quemarropa. Laniel cayó, chocando contra la mesa primero hacia delante y después contra la silla, donde quedó sentado un instante para terminar en el suelo.

No se había producido ni una sola explosión, gracias al silenciador.

Tudor salió rápidamente de la oficina. Al' ver a la pareja, que salían del ascensor, dio la vuelta para correr hacia el otro pasillo.

Paul se había dado cuenta.

—Parece que haya salido de... —empezó.

Corrieron hacia la puerta. Paul se aproximó al otro corredor a tiempo de ver a Tudor desaparecer por el ascensor.

Como la puerta estaba entreabierta, Simmone sólo tuvo que empujar. Paul regresó y, al entrar, dijo:

—No sé quién era. Ha tomado el ascensor. Simmone estaba ya en el despacho, y gritó:

—¡Paul!

Acababa de descubrir el cadáver de Laniel.

* * *

Paul Marçeau dejó atrás a la muchacha para lanzarse en persecución del fugitivo.

No utilizó ningún ascensor. Prefirió la escalera, en la que saltó los escalones de cuatro en cuatro.

Tudor le llevaba una considerable ventaja, pero Paul no se arredró, procurando correr más y más.

Cruzó el vestíbulo como una exhalación. Tudor había alcanzado la calle, y corría hacia el auto, que había dejado aparcado cerca de allí.

Aquella vez, Paul también lo había dejado en la calle para no perder tiempo en el aparcamiento.

Cuando subió, Tudor ya había puesto el suyo en marcha. Paul salió de estampida, pisando el gas a fondo.

Su perseguido dobló por la primera esquina para seguir diagonalmente por la rue Aboukir y doblar por la de Montmartre, en dirección a la de Rivoli.

Perseguido y perseguidor tenían que sortear los obstáculos del tráfico, que, a pesar de la hora, en el centro continuaba siendo extenso, aunque fluido.

Tudor dobló una calle transversal en dirección al Palais Royal. Paul seguía casi pegado a su rueda.

El fugitivo hizo un giro brusco a la derecha para volver a la izquierda, con ánimo de golpear el vehículo de Paul que, en efecto, recibió el coletazo del coche de Tudor, pero pudo continuar, perdiendo alguna distancia.

El cruce inesperado de un camión le hizo detenerse en seco. Ello dio ventaja a Tudor, que pudo adelantarse para girar por una calle a la izquierda, en dirección al Sena, junto al Quai des Tuilleries.

Paul dio más gas, y pasó justo en el momento en que un semáforo iba a

cambiar el rojo por el verde.

Llegó, al fin, al Quai des Tuilleries cuando Tudor pasaba ya por delante de los jardines. Se aproximaba a la bifurcación, en la Concorde. Iba a velocidad prohibida. Igual que Paul. Un gendarme hizo sonar el silbato. Tudor aceleró la marcha. La Concorde estaba allí, a menos de treinta metros. Surgió la luz roja. Era tarde para frenar, y Tudor no quería dejarse alcanzar.

Pisó a fondo.

Empezaron a salir los coches que habían estado detenidos aguardando el paso. Tudor pudo sortearlos hábilmente. Se escuchó el chirriar de los frenos de los automóviles, mientras Tudor se perdía por el puente de la Concorde...

Paul tuvo que frenar para dejar paso a los demás. Lo que ignoraba era la dirección de Tudor en aquellos momentos.

Este seguro de que había dejado atrás a su seguidor, dio la vuelta y tomó la dirección de la casa de Michele.

Más sereno, comprobó que continuaba en posesión del revólver.

CAPITULO XV

—Lo he perdido, Simmone —informó Paul a la muchacha, a través del teléfono.

—No importa. Sé quién era. Le vi, desde la ventana... Tengo unos anteojos. Estaban sobre la mesa. Le he visto. Era Georges Tudor...

—¿Eh? ¿El hombre de quien me habló? Ella asintió.

—Sí. Estoy segura. Ya he llamado a la policía. Es lo mejor. Ahora, ya se ha aclarado todo.

—Sí, tal vez...

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó ella.

—Yo todavía no he terminado. Sé que hay algo más...

—¿Algo más?

—Sí, Simmone. Se lo contaré en otra ocasión. Pero esta noche tengo que ir al Damasco.

—No le entiendo... —murmuró ella.

—No. Ahora no puede entenderlo. Buenas noches. Y gracias por su ayuda. Colgó.

Ella quedó pensativa. También Paul pensaba.

Sabía que había algo más. Ignoraba lo que era. Es decir. Lo ignoraba en parte, pero el resto lo sabía. Sí. Lo sabía...

Volvió a tomar el teléfono, y marcó el número de Michele. Ella ya estaba en casa. Eran más de las nueve de la noche.

—Michele...

—¡Oh, Paul! Estaba esperando que llamaras.

—Vengo ahora hacia aquí. Prepárate para ir esta noche al Damasco.

—¿Sigues decidido?

—Ahora, más que nunca.

—Está bien —repuso ella.

Cuando colgó, el automóvil, conducido por Tudor, estaba cerca de la calle donde ella vivía.

Georges Tudor conducía ahora más despacio, y su rostro había recobrado la serenidad. Paul se metió en el coche de alquiler, y enfiló en dirección a la casa de Michele.

Los dos coches avanzaban por calles distintas, y la distancia lógica entre los dos puntos diferentes donde se encontraban.

Tudor llegó lógicamente el primero. Dejó el auto aparcado en la esquina de un callejón sin salida. Le dio la vuelta para dejarlo en situación de poder salir fácilmente.

Paul, por su parte, iba todo lo de prisa que podía.

Pero aun así, le faltaban de tres a cinco minutos para llegar, si no encontraba obstáculos por el camino.

Tudor subía ya la escalera hacia el apartamento de la muchacha.

¿Por qué iba precisamente allí?

La respuesta estaba en su cerebro y, mientras seguía subiendo la escalera, con aspecto

cansado, acariciaba el revólver, provisto de silenciador, que llevaba en el bolsillo.

Un minuto después, llamaba a la puerta.

—¡Un momento, Paul! —gritó la muchacha, desde dentro. Pensaba, sin duda, que se trataba del joven, y añadió—: ¡Me estaba duchando! Ya voy. Ya voy.

Cuando abrió la puerta, con la toalla enrollada en su cuerpo, agrandó los ojos, al ver a Tudor, y se echó hacia atrás.

* * *

Paul Marçeau llegó cinco minutos después. Llamó, sin obtener respuesta, y entonces observó que la puerta del apartamento no estaba cerrada con llave.

La empujó lentamente.

Dentro, todo estaba a oscuras. Trató de aclimatarsse a la extraña penumbra. La débil luz procedía de las farolas de la calle. Los muebles, todo lo de la casa, que él conocía perfectamente, se siluetaaba contra la cortina que cubría la ventana del fondo.

—¡Michele! —llamó.

El silencio era absoluto. Total.

De pronto, notó un ruido en el cuarto de aseo. Avanzó hacia allí, y en aquel instante, la habitación quedó totalmente iluminada.

Lo primero que Paul vio en el suelo fue a una mujer de pelo rubio, con un vestido propio para la noche, descotado, moderno.

Entonces, escuchó la voz del hombre:

—Levante las manos, Marçeau. Bien alto. Sin hacer tonterías —ordenó el tipo que le encañonaba.

Al volverse, se encontró ante Georges Tudor.

—¿No la reconoce, Marçeau? —sonrió Tudor.

Él se inclinó lentamente. Podía verse bien claramente que el pelo rubio de la chica era una simple peluca.

—Con esto, y unos toques de maquillaje, su Michele se convertía en Marina..., la amiga de ese mal nacido de Lescaut...

El tocó el pulso de la muchacha: latía débilmente. Se fijó también en la herida que tenía en la cabeza, disimulada anteriormente, por llevar puesta la peluca.

—¿Lo sabía, no?

—Lo sospechaba. Vi la foto en casa de Henry Durand... Una foto sin la peluca. Pero..., ¿qué significa todo esto?

Paul estaba desconcertado. Aquél no era el final que había sospechado, aunque, desde que sus ojos se dilataron en casa de Durand al ver entre las fotos de otras mujeres la de Michele, sabía que ella, de un modo u otro, tenía que ver...

Siguió expresando en voz alta lo que pensaba:

—Una tal Marina llamaba, desde la casa de Durand, al detective... Al ver la foto de Michele... empecé a pensar, pero...

—No se rompa la cabeza... Ella y Lescaut se han burlado de todos los incautos. El la utilizaba para enterarse de cosas que, por procedimientos normales, jamás hubiese sabido... Su Michele fue la amiga de Durand para enterarse de cosas, para sonsacarle de los asuntos referentes al negocio, de secretos que luego él vendía a la competencia. Lescaut trabajaba con cuantas barajas le venían en la mano... Pero al final le habían descubierto. Estaba perdido, y decidió desaparecer. Pero les faltaba un idiota, una cabeza de turco..., alguien que pagara los platos rotos, y le eligieron a usted... Un hombre con el genio vivo... Les salió todo mejor de lo que podían imaginar. Usted y su famoso revólver de balas adormecedoras era, justamente, lo que les hacía falta. Lo que le hacía falta a él, a Lescaut, para desaparecer. Oficialmente hubiese sido un crimen... cometido por usted.

—Entonces, ella y Lescaut...

—Estaban de acuerdo. Por eso le fue tan fácil que le admitieran por las buenas... Y todo les hubiera salido bien... El habría pasado como muerto, y podría reemprender una vida de sultán en cualquier otra parte, con el dinero que había conseguido con malas artes; pero no contaban conmigo.

—¿Qué pinta usted en todo esto?

—Lo mío es una vieja cuenta... Me costó años desenmascarar a Lescaut, pero, al fin, logré descubrir sus manejos... Había esperado tanto para vengarme que al tenerlo todo tan fácil ni siquiera sabía cómo continuar... El anuncio que apareció en los periódicos, pidiendo un ayudante para una agencia de detectives, me dio la solución impensada. A veces, lo improvisado resulta mejor...

»Ya le dije que estaba más o menos al corriente de todo... Usted conocía poco a Michele. Se le presentó bajo la forma de una empleada de oficina. En el fondo, en aquella empresa no hacía otra cosa que trabajar también para Lescaut. Obtener informes, espionaje industrial, toda una suerte de bajezas, que usted no puede imaginar...

»Sí. Estaba al corriente de casi todo... De lo que había hecho ella, de los "amigos" que había tenido... Fui a verla, y le dije que yo también quería una prueba para trabajar como ayudante de Lescaut.

—Y la amenazó...

—Con descubrirlo todo, si no hacía lo que le pedía... Y ella no tenía opción porque, una vez desaparecido Lescaut, Michele tenía que quedar una temporada sola, sin el amparo del granuja...

—Y accedió.

—Sí.

—Entonces fue usted quien...

—Maté a Lescaut, sí... Lo saqué de allí. Tuve que pincharle para derramar su sangre, y luego borrarla para dejar las huellas. No le maté allí mismo, por supuesto. Hubiese sido una muerte demasiado dulce para un granuja. Entonces estaba inconsciente... Esperé a que despertara, en un lugar apartado, junto al canal del

Norte... Y allí... ¡Je, je! Me gustaría que lo hubiese visto. ¡El gran hombre! ¡El invulnerable! ¡El más sabio de todos! Me pedía perdón de rodillas...! ¡Le hice pedazos!

¡Con esto!

Y sacó un cuchillo de larga y afilada hoja, que sostuvo con la mano izquierda.

—Está usted loco —susurró Paul.

—Lo siento por usted... No es ningún tonto... Además, ahora ya me ha descubierto.

Allí. En casa de Laniel.

—¿Por qué le mató a él?

—También hubiera acabado averiguando la verdad... o mandándome a la policía...

Cuando se hace algo, hay que hacerlo bien hecho. Sin testigos.

—Tudor... Es inútil que siga... No conseguirá nada. La policía le busca ya. La telefonista de la oficina le reconoció.

—No. Ella no me vio.

—¡Sí, le vio, Tudor!

—Bueno. Ya me ocuparé de ella...

—No, Tudor, no podrá.

—¡Basta! ¡Se acabó su tiempo!

—Paul... —balbuceó Michele, removiéndose ligeramente.

Era un momento desesperado. Paul Marçeau sabía que aquel loco iba a disparar, de un momento a otro. Era un ser anormal, increíblemente anormal.

Se inclinó hacia la muchacha.

—Michele.

—Perdóname... No..., no todo era falso en mí.

—¡Qué importa ya! No hables...

—Paul. Yo no quería que te acusaran. Fui yo quien cambió las balas de tu revólver. Yo... sabía que cuando hubiesen comprobado la balística...

—Te entiendo, Michele.

En aquellos momentos no podía odiarla.

—Tú... tú —siguió ella—. Te hubieses librado... Nosotros necesitábamos tiempo... Sólo tiempo para burlar a la... policía.

El guardó silencio.

—No... No sabía que Tudor le hubiese matado. No... No lo sabía. Tenía que continuar,

¿sabes? Tenía que...

Se interrumpió. Ya no podía decir nada más. Paul no supo si había muerto o era un simple desmayo porque el chasquido del arma que empuñaba Tudor le volvió a la realidad. La realidad de los últimos segundos de su vida.

Era el momento decisivo, y Paul lo jugó todo a una carta, lanzándose contra Tudor, que estaba a unos tres metros de distancia.

Tudor disparó, y Paul sintió la mordedura del plomo en alguna parte de su cuerpo, sin que ninguna detonación delatara los disparos frenéticos de su enemigo.

De pronto, sí sonaron los estampidos.

Paul ni siquiera se había dado cuenta de cómo la puerta acababa de abrirse bruscamente, y el inspector de la policía judicial, Barnes, acompañado de Clemençeau y de otros dos agentes uniformados, acababa de disparar contra Tudor.

Paul perdió el sentido.

EPILOGO

Paul Marçeau despertó en el hospital. Lo primero que vieron sus ojos fue el risueño rostro de Simmone.

Poco después, supo que había sido herido en el brazo y en un costado. Supo, también, que Tudor había muerto.

—Michele —explicó Simmone—, aparte del golpe en la cabeza, tenía dos cuchilladas... Quizá habría sido mejor la muerte... porque va a ser juzgada como cómplice del asesinato de Marcel Lescaut.

—Nunca lo hubiese supuesto —murmuró Paul. Luego, preguntó—: ¿Y el inspector, cómo podía saber que yo estaba allí?

—Se lo dije yo, Paul. Además, ellos habían descubierto, por el número de la matrícula del coche de Michele, sus señas. Otro coche ya se dirigía hacia la casa. En verdad, tuviste suerte.

Paul se dio cuenta de que tanto Simmone como él mismo se tuteaban mutuamente como la cosa más natural, como si su amistad fuera de toda la vida.

Se hizo un largo silencio, y Paul sintió que la compañía de aquella muchacha, sencilla y sincera, le era del todo grata.

—¿Y Lescaut? —preguntó, por fin.

—Ya lo han encontrado... Debió ser horrible. No me han permitido verlo, pero no hay duda de que es él... Tudor le había descuartizado.

—¿Habló Tudor, antes de morir?

—Sí, Paul. Lo explicó todo... Eso evitará que seas interrogado. El inspector Barnes dice que sólo tiene que hacerte algunas preguntas de trámite...

—¿Está ahí?

—No, Paul. He venido yo sola. Me han dado un permiso especial. He dicho que era... una buena amiga tuya

—Sí, Simmone..., has hecho bien —murmuró Paul, y sonrió, sonrió a gusto, mirándola a ella.

Aquella chica era, realmente, un consuelo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España